

Cuadernos de sensibilización
مذكرة التوعية

Ante la emigración infantil clandestina:
testimonios de madres y menores
en las calles de Tánger”

الهجرة السرية للقاصرين:
شهادات لأمهات وقاصرين
من شوارع طنجة

TANGER 2007 طنجة 2007

EN EL MARCO DE LA PREVENCIÓN
DE LA EMIGRACION INFANTIL CLANDESTINA
منظور وقاية الأطفال من الهجرة السرية



CON LA FINANCIACIÓN Y COLABORACIÓN DE :



UNIÓN EUROPEA



La Comunidad de Madrid

Comunidad de Madrid

www.comunidad.madrid



ROYAUME DU MAROC
ENTRAIDE NATIONALE



Paideia
Asociación Para La
Inserción del Menor

TESTIMONIOS DE MADRES Y MENORES

EN EL MARCO DEL PROGRAMA:

“Acompañamiento y mejora de las condiciones de acogida y de protección de menores marroquíes de 14 años provenientes del territorio de la Comunidad de Madrid”



“Dedicado a los menores y mujeres que han colaborado contando sus experiencia de vida”.

Autores: Asociación para la Integración del Menor Paideia.

David López Gallego

Rocío Tapiador Villanueva

Traducción y síntesis: Patricia Herrán Fernández

Fotografías: Archivo Asociación para la Integración del Menor Paideia.

Impresión: Focus Studios S.A.R.L.

Edita y distribuye: Asociación para la Integración del Menor Paideia

Plaza Tirso de Molina, 13. 28012 Madrid

Teléfono: 91.429.51.32 Fax: 91.429.51.53 Correo electrónico: paideia@asociacionpaideia.org

Esta publicación se edita bajo el convenio suscrito entre: Agencia Regional para la Inmigración y la Cooperación de la Consejería de Inmigración y Cooperación de la Comunidad de Madrid / Instituto Madrileño del Menor y la Familia de la Comunidad de Madrid / Asociación para la Integración del Menor Paideia / L'Entraide Nationale.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

TESTIMONIOS MENORES

Said.....	Pág. 10
Ali.....	Pág. 11
Ahmed.....	Pág. 13
Adil.....	Pág. 15
Abdelaziz	Pág. 17
Hicham.....	Pág. 19
Mohamed.....	Pág. 20
Monsef.....	Pág. 22
Abdelhai.....	Pág. 24
Fuad.....	Pág. 25
Hassan	Pág. 27

TESTIMONIOS MUJERES, MADRES

Madre Hakim.....	Pág. 30
Laila.....	Pág. 33
Bouchara.....	Pág. 34
Fatima.....	Pág. 35
Nayart.....	Pág. 39
Nadia	Pág. 41
Madre Hozam.....	Pág. 43
Madre Hussein	Pág. 44
Madre Mounir.....	Pág. 45

SÍNTESIS

La infancia en la calle.....	Pág. 47
Educación de calle.....	Pág. 48
Abandono del hogar	Pág. 49
Fracaso escolar.....	Pág. 51
La calle.....	Pág. 52
La emigración.....	Pág. 53
Sobrevivir.....	Pág. 53
Las madres.....	Pág. 55

BIBLIOGRAFÍA.....	Pág. 60
-------------------	---------

INTRODUCCIÓN

La Asociación Paideia es una organización no gubernamental que desarrolla su labor en el sector de la educación desde 1987 con el objetivo es mejorar la calidad de vida de niños, niñas, jóvenes y familias. En 1998, y como consecuencia del movimiento migratorio de menores no acompañados registrado en España, la Asociación Paideia decide ampliar sus acciones en el ámbito internacional y, concretamente, en Marruecos, con la intención de contribuir al desarrollo del país y prevenir el abandono del hogar por parte de los menores en busca de un futuro incierto.

Para llevar a cabo su actividad, la Asociación Paideia cuenta con un socio local implicado en el desarrollo de todos sus recursos y programas en Marruecos: L'Entraide Nationale¹, un organismo autónomo adscrito al Ministerio de Desarrollo Social, la Familia y la Solidaridad.

En este contexto, en diciembre de 2005 la Comunidad de Madrid (*Agencia Regional para la Cooperación e Instituto Madrileño del Menor y la Familia*), firma un convenio de colaboración con la Unión Europea, la Asociación PAIDEIA y la L'Entraide Nationale para desarrollar un plan de mejora en las condiciones de retorno desde la Comunidad de Madrid, de reagrupación y de integración social de los menores de catorce años en su medio de origen y estimular la disminución de la inmigración irregular de menores a través de tres componentes:

- Fortalecimiento del sistema de protección de menores en Marruecos.
- Sensibilización y concienciación de la población sobre los riesgos de la emigración irregular infantil (mediante intervención con menores en calle, familias y escuelas; publicación de estudios e investigaciones sobre el fenómeno).
- Oferta de las garantías adecuadas en la reagrupación de menores de 14 años provenientes de la Comunidad de Madrid (con prioridad de la reintegración del menor en su familia).

¹ L'Entraide Nationale (L'EN) es la institución pública marroquí responsable de la acción social dirigida a la población más vulnerable: menores abandonados o en situación de riesgo, mujeres, personas mayores y discapacitados. Cuenta con un Consejo de Administración presidido por el Primer Ministro o, en su defecto, por el Ministro/a de Desarrollo Social y otros representantes de los Ministerios. La Dirección Nacional está a cargo del Sr. Talbi. L'EN se financia con ayudas públicas obtenidas mediante convenios con Ministerios (Juventud, Formación Profesional), tasas e impuestos indirectos o donaciones privadas realizadas a esta institución o a otras asociaciones de beneficencia que gestionan los más de 500 centros de protección existentes en el país. Cuenta con 50 años de antigüedad y, desde 2005, recibe un presupuesto anual del Ministerio de Finanzas. La Consejería de Inmigración de la CAM y L'EN suscribieron, el 3 de abril de 2006, un protocolo general de colaboración para identificar posibles áreas de trabajo que contribuyan al desarrollo de Marruecos en los ámbitos que son competencia de ambas instituciones.

INTERVENCIÓN EN LAS CALLES DE TÁNGER

En el marco de este programa, y concretamente del segundo de los componentes, desde principios del año 2006 los educadores comienzan a recorrer las calles de Tánger para detectar a los menores que esperan su oportunidad para intentar “colarse” en los bajos de un camión o autobús. El educador los identifica y se acerca a ellos con cualquier excusa para hacer un primer contacto y entablar conversación. A base de dedicación y esfuerzo del profesional se alcanza el objetivo primordial: que el niño confíe en él y se sienta cómodo con su presencia. El educador mantiene con los menores relaciones de refuerzo mutuo, muestra interés auténtico por los chavales, les anima y desarrolla con ellos actividades de ocio, deportivas y de cobertura de necesidades médicas.

En ocasiones es el propio menor quién demanda la ayuda, en otras es el educador quién propone y apoya el cambio. La primera decisión de la que el menor debe hacerse responsable es la de regresar con su familia, para lo que el educador se ofrece como mediador, facilitando el reencuentro. A partir de ese momento el menor debe tomar las riendas de la situación, decidir qué quiere hacer y valorar las posibilidades: Educación no Formal, Formación Profesional, acceso al mundo laboral, etc.

Existen casos en los que la reincorporación familiar no es la alternativa adecuada debido al alto grado de desestructuración familiar, repudio hacia los menores, abusos constantes o amenazas por parte de los vecinos y/o otros adultos. Es uno de los perfiles de menores con mayor vulnerabilidad ya que la alternativa familiar se descarta y es necesario un recurso institucional de protección. En la mayoría de los casos es tal el deterioro de los menores que se hace muy difícil la intervención hasta su debida protección. Es por ello que hay menores en la calle de la ciudad de Tánger que sobreviven pidiendo limosna, cometiendo actos ilegales y consumiendo sustancias tóxicas (normalmente inhalantes baratos y muy perjudiciales para su salud).

Cuando el menor solicita regresar con la familia los educadores le acompañan hasta su plena reincorporación. Esta integración se refuerza ofreciendo, además, alternativas como aulas de formación y educación, excursiones y deportes, inserción laboral en pequeños comercios de la zona donde viven. Se realiza, además, un seguimiento con el objetivo de consolidar la reagrupación y detectar cualquier desmotivación que pueda originar una recaída y, como consecuencia, la vuelta del menor a la calle. Es un sinuoso camino con avances y retrocesos.

Con la figura del Educador de Calle se pretende reducir y prevenir la presencia de estos menores, proporcionándolos una protección adecuada a la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran.

Durante el trabajo desarrollado hasta ahora se han recogido testimonios de menores que se encuentran en situación de calle con el objeto de que puedan contar, con sus propias palabras, su situación, las causas por las que se encuentran en la calle, sus perspectivas y sus inquietudes. También se pretende dar a conocer una de las facetas más desconocidas del movimiento migratorio.

Al mismo tiempo, nos ha parecido importante hablar con mujeres de Tánger que tienen a alguno de sus hijos en España y que verbalizan su rechazo a la emigración irregular infantil que, si bien puede conducir al ingreso de recursos económicos a largo plazo, ha provocado en la mayoría de las madres una eterna tristeza por no tener a su hijo: *“pueden venir con un coche de lujo, con dinero o ropas buenas, pero... quién me devuelve a mi hijo?”*.

La idea de recoger los testimonios de mujeres surgió, además, al constatar que en la mayoría de los discursos relacionados con el movimiento migratorio no se daba voz a este colectivo, las madres de los menores. Nos referimos a la expresión natural desde lo más profundo del amor de una madre que ha perdido a un hijo.

Estos testimonios de menores en la calle y mujeres –madres- víctimas de la emigración ilegal han sido recogidos por los mismos profesionales que desarrollan las sesiones de sensibilización, creando un ambiente tranquilo y agradable, donde el educador ha propiciado un clima de desahogo y tranquilidad. No han sido entrevistas dirigidas y, previamente, se ha solicitado permiso a los entrevistados para utilizar una grabadora y no perder, así, ningún detalle del testimonio. Esto ha posibilitado un acercamiento entre educadores y entrevistados sin instrumentos que interfirieran la comunicación.

Nota: La Asociación Paideia ha realizado la recogida de información y las entrevistas con cada uno de los menores y mujeres que aparecen en el documento. Los relatos se han transcrito tal y como se han recogido por lo que, tanto la Asociación Paideia, como los organismos financiadores no se hacen responsables de las opiniones vertidas en los mismos.

A fin de proteger la identidad de los menores y mujeres protagonistas de las historias se ha optado por sustituir con otros ficticios los nombres verdaderos.

Asimismo, las opiniones emitidas en la publicación corresponden exclusivamente a sus autores (Asociación para la Integración del Menor Paideia). Los organismos financiadores no se identifican necesariamente con sus opiniones.

TESTIMONIOS, MENORES



SAID, 14 AÑOS

Me fui de casa porque mi hermano me pegaba y me rajaba la piel con el cuchillo. Tenía once años cuando me fui a la calle. Me fui solo.

Llegué a Kenitra porque estaba cerca de Sock Larbae. No tenía dinero y me quedé tres días en la ciudad. Después me fui a Asilah subido al techo de un tren. Allí conocí a chicos como yo, chicos que también estaban en la calle. Cada uno de nosotros era de un lugar diferente de Marruecos y todos teníamos la misma edad. Con ellos, mis amigos, hice el viaje a Tánger.

Con los amigos estaba bien pero añoraba a mi madre, a mis hermanos y mi casa. A mi hermano Abslam no le echaba de menos porque me pegaba mucho y por él, estoy en la calle. Mi padre está muerto. Mi familia tiene siete hectáreas de tierra. Tienen corderos y burros. También tienen trigo. Mi madre trabaja de cocinera en la ciudad. La comida que hace mi madre está muy buena.

A veces pienso en volver a casa. Cuando sea mayor no quiero estar en la calle. Me gustaría regresar a mi casa y conseguir un trabajo. La calle es muy mala. Muchos niños mueren en la calle. La gente me pega cuando duermo o ando por la calle. También la policía me pega. Cuando tengo dinero puedo comer. Pero cuando no tengo me quedo sin comer. Inhalo disolvente y duermo.

Echo mucho de menos a mi madre. Quiero volver a mi casa. Solucionar los problemas con mi hermano Abslam y quedarme en casa. No quiero volver a la calle. La calle es muy mala. La gente no puede vivir en la calle.

ALI, 16 AÑOS

La historia de mi vida es como una película, tiene un principio y un final:

Yo vivía en Al Jadida con una familia que me quería como a un hijo. Todo estaba bien, pero llegó un día en el que ya no quise ir al colegio y tampoco quise ponerme a trabajar. La familia me confesó la verdad: yo no era su hijo. Lloré. Me dolió en el corazón. A partir de ese momento ya no quise estar en esa casa y me marché. Llegué a Agadir para buscar una nueva vida. Para encontrar cosas diferentes.

En Agadir conocí a una mujer marroquí que vivía en Bélgica. Tenía veinticinco años. Me dio ropa, dinero y me dejaba dormir en su casa.

Un día estaba en la calle y la policía me detuvo. Me llevaron a un centro de menores de la calle. Ahí estuve dos meses. Me escapé y tomé un autobús a otra ciudad que se llama Klet Sidi Benor. Allí conocí a un hombre mayor que hacía juegos malabares y gimnasia en la calle a cambio de dinero. Me enseñó lo que hacía y comencé a trabajar con él. Tenía ropa, dinero, comida. Me quedé con él hasta la gran fiesta del cordero.

Un día conocí a una mujer muy simpática, me daba ropa, comida y también dormía en su casa. Su marido estaba en América. Una vez la mujer me preguntó de dónde era y le conté la historia de mi vida, entonces me acompañó hasta Al Jadida para ver a mi familia. Estuve con ellos dos semanas. Se portaron muy bien conmigo pero no eran mis padres. Me volví a marchar. Esta vez a Casablanca, donde aprendí a robar y a esnifar pegamento.

En Casablanca conocí al educador de una asociación que trabaja con niños de la calle. Me llevó a un centro donde tenía comida, ropa, escuela, cama... Muchas noches, otros chicos y yo nos escapábamos al puerto para irnos a España y luego regresábamos al centro.

Con el tiempo decidí irme a Tánger. Mi intención era marchar a España. Logré llegar a Ceuta agarrado a los bajos de un autobús. Estuve un año y tres meses en Ceuta, en un centro de menores. Me escapaba a la calle, robaba y volvía al centro... Hasta que un día decidí regresar a Tánger para ver si desde el puerto podía ir a España. Pasé por Fnido, entre Ceuta y Tetuán. Allí me gasté todo el dinero que tenía en ropa y cuando al cabo de unos días quise seguir mi camino hacia Tánger, la vendí. Tuve que venderla. Recuerdo que llegué a Tánger descalzo.

En Tánger, la policía me pega mucho. Todos los días me quedo en el puerto intentando ir a España. Esto es una pesadilla. Soy insultado, maltratado. Y paso hambre.

Me gustaría regresar un tiempo con mi familia en Al Jadida. También quisiera volver a la asociación de Casablanca.

AHMED, 13 AÑOS

Echo de menos a mi madre. Está muerta. Murió cuando yo era pequeño. Casi no la llegué a conocer pero en muchas ocasiones la echo en falta. Mi padre se volvió a casar. Yo creía que su mujer era mi madre. Tenía cuatro años y medio cuando una vecina me dijo que la mujer que vivía en mi casa no era mi madre, que mi madre estaba muerta. Al llegar a casa le dije a la que yo creía que era mi madre: “una mujer me ha dicho que tú no eres mi madre”. Me respondió que era cierto lo que me habían dicho, que yo no era su hijo. Desde ese instante la relación con ella fue distinta: comenzó a pegarme mucho.

Recuerdo que una noche me amenazó con pegarme con una barra si me hacía pis en la cama. A la mañana siguiente me desperté y vi que me había meado. Di la vuelta a la manta pero la mujer, que ya no era mi madre, se dio cuenta y me pegó. Me pegó mucho. Escapé de ella y subí corriendo a la azotea, ahí me alcanzó y me lanzó a la calle. Eran tres pisos. Me rompí todos los huesos. No me podía mover. La mujer, que no era mi madre, no me llevó al hospital porque temía que la policía la arrestara. Pagó a un hombre para que me escayolara. El tiempo que pasé recuperándome, la mujer que no era mi madre, me dejó de pegar. A medida que me encontraba mejor, los golpes volvieron.

Mi padre era militar, estaba destinado en el Sahara. Y recuerdo que en aquella ocasión, cuándo regresó y vio lo que me había pasado, se enfadó mucho e insultó a la mujer que no era mi madre. También recuerdo que mis hermanos me cuidaban mucho, pero la mujer que no era mi madre no me quería. Mi padre volvió al Sahara y la mujer que no era mi madre me dijo que cuando mi padre muriera me echaría de casa y que entonces no podría volver nunca más. Recuerdo que cada vez que mi padre regresaba de trabajar yo le contaba todo lo que ella me hacía o decía, pero la mujer que no era mi madre le insistía que era mentira. Él se volvía a marchar para el Sahara y ella me quemaba las manos, acercándomelas al fuego.

Mi hermana, que tampoco era hija de la mujer, también era maltratada. Se escapó de casa y se fue a Tánger. Yo pensé en hacer lo mismo y me marché de casa con nueve años.

Llegué a Oazan donde vivía mi abuela, estuve un tiempo con ella pero me marché a Sock Larba, donde estuve viviendo en la calle durante dos años. Allí empecé una nueva vida, conocí a nuevos amigos y ellos se convirtieron en mi familia. Después he estado en Asilah y finalmente en Tánger. Llevo cinco años en la calle. Nunca más he vuelto a mi casa. La calle y mi casa son igual de malas.

Si vas a ver a mi familia (se dirige al educador) diles a mis hermanos que les echo de menos. Voy a estar toda la vida en la calle. Me gustaría ver la televisión, tener una manta y una casa donde estar cuando llueve.

ADIL, 13 AÑOS

Mi hermano siempre me pegaba. Sobre todo cuando yo volvía a casa tarde. Mi hermano me pegaba muchísimo. Mi padre y mi madre siempre estaban fuera de casa. Y cada día, mi hermano me amenazaba o me ataba. Una vez me ató durante dos días y sólo me dio de comer pan y té. Tras eso me escapé. Me metí en un tren hasta Asilah. En Ksar el Kebir es muy fácil, para los niños, subir a un tren. En Asilah encontré a muchos niños. Nos hicimos amigos. Estuve dos días y nos marchamos a Tánger en tren. Tengo una buena relación con el tren, es mi compañero de viajes. Me gusta el tren.

Cuando llegamos a Tánger fuimos a la medina porque es muy grande y hay mucha gente. No se parece a Ksar el Kebir, salvo en que también hay muchos lugares para esconderse. Mi primera idea era irme a España. Cada noche iba al puerto e intentaba meterme debajo de algún camión. Pero no lo conseguía.

Después encontré a Mohamed. Es mayor que yo y cuando le conocí me pidió que me fuera a vivir con él a una chabola. Ahí encontré más niños, muchos niños pequeños. Mohamed siempre nos da ropa, nos da de comer, nos da tabaco y pegamento para esnifar. Pero todo esto no es gratis. Nosotros tenemos que buscar dinero para entregarle y cada día nos obliga a pedir limosna. Cuando un chico no trae dinero, Mohamed lo echa del grupo y de la chabola. Mohamed pasa la noche con A., es un chico muy bueno y Mohamed abusa de él. Yo creo que Mohamed quiere abusar de mí. También creo que mi hermano quería hacerlo.

Un día, la policía me cogió porque siempre van buscando a los chicos que esnifamos pegamento. Pasé dos días en comisaría. Me pegaron, me insultaron. Y no me dieron de comer.

Muchos chicos de la calle me pegan porque soy el más pequeño y no soy tan fuerte como ellos. Una noche un grupo vino a por mí. Me robaron el dinero. Me dijeron que les diera la ropa que llevaba, pero otro chico mayor vio lo que pasaba y me ayudó.

Yo no quiero vivir toda mi vida en la calle. Quiero volver a mi casa y vivir con mi familia. Quiero dormir y comer en paz, tranquilo; con mi familia, claro. No quiero que abusen de mí. Cuando pienso en la agresividad de mi hermano, en como me ataba y esas cosas, se me quitan las ganas de volver a casa. Además aunque vuelva a casa, tarde o temprano me entrarán ganas de drogarme. Creo que soy drogadicto. La droga me hará volver a la calle.

Quiero estudiar, comer y tener ropa bonita. Me pregunto por qué mi vida es así de dura y porqué cada noche tengo miedo de que abusen de mí. La vida en la calle, por la noche, es muy difícil y dura. No tengo suerte, tendré que esperar a mi próxima vida para tener una familia, como los otros niños.

ABDELAZIZ, 13 AÑOS

Soy de Ksar el Kebir. Ahí trabajaba de costurero. Hace dos años que me fui de casa. Mi padre nunca me ha pegado, siempre ha sido bueno conmigo. Yo acabé en la calle porque un vecino mayor nos pegaba a mí y a mis hermanos.

Mi padre tenía un puesto de comida en el zoco y trabajaba todo el día. Yo trabajaba de costurero y ganaba cincuenta dirhams a la semana, pero nunca veía el dinero. Mi jefe entregaba mi sueldo a mi madre. A mi me daba diez dirhams en mano sin que mi madre lo supiera. Yo estaba muy bien con mi trabajo y mi vida pero mi vecino Redouan nos pegaba mucho. No se lo dije a mi padre porque mi vecino ayudaba a mi familia cuando no teníamos dinero.

Me fui de casa por primera vez a los once años. Estuve en la calle durante un mes. Durante ese tiempo dormía en la calle pero todos los días acudía al trabajo. Seguía ganando dinero pero no iba a mi casa. Ahora mi hermano también trabaja y duerme en la calle, como hacía yo hace dos años.

Decidí irme de Ksar el Kebir. Subí al tejado de un tren y me marché a Sock Larbah. Allí conocí a mis amigos: Said, Ahmed y Monsef. Estuve en la calle durante seis meses. Nos marchamos de Sock Larbah a Asilah y de ahí a Tánger.

En Tánger conocí a un señor llamado Ashor, que se convirtió en un gran amigo mío. Durante el día yo pedía limosna y por la noche se la daba a Ashor. Él me daba de comer y me protegía, como un policía.

Empecé a echar de menos a mi madre y decidí volver a Ksar el Kebir. Vi a mi madre y me puse muy contento. Mi madre me quiere mucho. Me acerqué a ella y me abrazó. Pero no fui a mi casa por miedo al vecino. Me quedé en la calle.

Un día, en la calle, la gente me dijo que mi padre había muerto. Yo no me lo podía creer, pero le pregunté a una mujer que conocía a mi familia y ella me lo confirmó: Mi padre había muerto. Me contó que había salido hacía poco del hospital donde le habían operado. Y que murió porque no tenía dinero para comprar los medicamentos que le recetaron. Me puse a llorar y volví a casa.

Estuve en casa un tiempo, pero mi vecino seguía pegándome y decidí volver a la calle. En la calle conocí a un chico que se llamaba Said y estuvimos juntos en Ksar el Kebir hasta

que nos marchamos a Asilah. Estuvimos tres días en Asilah y luego volvimos otra vez a Ksar el Kebir.

Una noche, estábamos inhalando pegamento en una estación de gasolina y se me cayó parte del disolvente en el cuerpo. Said me pidió un cigarrillo y le contesté que no se lo daba. Él me amenazó con un mechero pero no le hice caso, entonces Said me prendió fuego y como tenía disolvente en el cuerpo empecé a arder. Said se asustó mucho y fue a buscar a mi madre.

No podía ver y me dolía mucho el cuerpo. Estaba como muerto. Me llevaron al hospital, pero no tenían medicinas y me trasladaron al hospital de Meknes. Ahí estuve dos meses. Una asociación de monjas españolas pagó el hospital. Cuando me encontré mejor me enviaron al hospital de Ksar el Kebir y ahí me quedé cinco meses. Después volví a casa. Gracias a las monjas iba al hospital para curarme una vez a la semana. Cada vez que íbamos nos daban comida y ropa.

Todo iba bien hasta que el hombre (el vecino) me volvió a pegar y decidí irme a Tánger y no volver nunca más.

Me marché a Tánger y busqué a Ashor, el hombre que me protegía. Ashor pegaba y abusaba de otros niños pero a mi me protegía. Podía dormir solo a cambio de darle todo el dinero que conseguía pidiendo en la calle.

Me gustaría volver a trabajar de costurero y visitar a mi madre de vez en cuando. Me gustaría ir al colegio, no sé leer ni escribir. La calle es muy mala y dura. Toda la gente me pega y los chicos malos me quitan el dinero. La gente me insulta porque tengo la cara desfigurada. Yo lloro.

Me gustaría vivir en un sitio que no sea la calle ni mi casa.

HICHAM, 13 AÑOS

Soy de Tánger. Antes no esnifaba pegamento. Todos los días pienso en volver a mi casa. Llego hasta la puerta y nunca entro. No puedo vivir en mi casa; por eso vivo en la calle. Mi padre siempre está viajando. La mujer que está en mi casa no es mi madre y sus hijos no son mis hermanos. No tengo una buena relación con esa mujer. Cuando mi padre está en casa, estoy bien, pero él casi nunca está.

El año antes de que mi padre se volviera a casar fue muy bonito, éramos él y yo solamente, no había problemas. Mis padres se habían separado y mi madre se fue a vivir a Larache con otro hombre. Yo, a veces, iba a verla. Mi vida cambió cuando mi padre se volvió a casar, desde ese momento salí a la calle.

En la calle conocí a muchos chicos que robaban, pedían dinero y esnifaban. Yo también comencé a esnifar. La calle es muy dura, no hay comida y todo el mundo me pega. No sé cuál es la solución a mi vida en la calle.

Ahora quiero irme a España, en la calle estoy solo. Pienso en irme a España para probar suerte. Muchos amigos se han ido y cuando los demás hablan de ellos, me dicen que tienen coches y mucho dinero.

Me gustaría que mis padres se juntaran como una familia normal. Pero mi padre encontró a una mujer, mi madre encontró a un hombre. ¿Dónde quedo yo? En la calle.

La calle es un bosque grande, dentro hay oscuridad. Pocas veces estoy contento, muchas veces estoy triste y lloro.

Aquí acaba la historia de Hicham.

El 8 de Agosto de 2006, Hicham sufrió un accidente en la estación de tren que acabó con su vida.

Esa misma noche volvimos a comprobar que en momentos como estos, los niños de la calle forman pequeñas familias. El grupo de Hicham lloró su pérdida y a partir de entonces ya nada fue igual. Muchos de ellos, por miedo, regresaron con sus familias. Habían perdido a un compañero, querido y amado.

MOHAMED, 16 AÑOS

He vivido en un centro de menores y en una asociación de Tánger. Mi vida en el centro y en la asociación era buena: estaba sano y estudiaba. Después me fui a la casa de mi padre con su mujer y la hija de esta.

Mi vida en la casa de mi padre era muy difícil, sobre todo por su mujer. Mi padre siempre me pegaba, no me compraba ropa ni nada. Una vez, mi padre me ató con una cuerda durante una semana. Me daba solamente agua y pan. Mi padre me hacía esto porque yo tenía muchos problemas con su mujer. Cuando me desató, me fui a la policía para contarles lo que había pasado. La policía fue a casa y arrestó a mi padre. Él comenzó a llorar y delante de los policías le perdoné. Cuando la policía se marchó, mi padre me dijo que me fuera de casa y que si volvía me mataba.

Me fui con mi abuela y estuve viviendo con ella dos años. Se portaba muy bien conmigo pero ella siempre estaba enferma. Yo no podía hacerme cargo de ella y me fui a un centro de menores. Estuve seis meses y comencé a pensar en irme a España.

Primero me fui a Castillejo, en Tetuán, y luego llegué a Ceuta. Ahí encontré a mucha gente española que me ayudó a encontrar trabajo. Trabajé de camarero. En Ceuta viví bien, muy bien. Pero el hombre con el que trabajaba se marchó a la península y tuve que regresar a Tánger.

Cuando llegué a Tánger, comenzó mi vida en la calle. Antes yo fumaba hachís, pero en la calle probé a esnifar disolvente y pegamento. También descubrí que la vida en la calle es muy difícil porque siempre los niños grandes abusaban de los pequeños y les pegaban. También les violaban, sobre todo el chico grande que se llamaba M.K. A mi me violó y me robó todo el dinero. Cada noche el chico grande perseguía a los niños para irse con ellos. Yo le tenía mucho miedo.

Poco después conocí a una mujer que me llevó a un centro para niños de la calle en Larache. Pero no pude quedarme porque, ahí también, los mayores querían abusar de mí y los educadores del centro no hacían ningún caso a lo que estaba pasando. Yo tenía miedo y me escapé. Volví a Tánger, a la calle.

En la calle me siento libre y puedo viajar en el momento que me apetece.

Siempre pienso en mi madre. Vive en Ksar el Kebir con otro hombre. Yo quiero a mi madre. Pero su marido no quiere que viva con ellos. Me gustaría vivir con mi madre. Tengo una hermana y creo que me aceptaría en su casa, pero no sé dónde vive. Voy a encontrar la casa de mi hermana y viviré con ella. También me gustaría vivir con mi padre pero es imposible porque siempre amenaza con matarme. No me quiere.

Ahora no tengo a nadie, solamente la calle. La solución sería volver a la asociación donde estaba porque no puedo vivir más tiempo en la calle. Estoy enfermo y me gustaría estudiar. Formarme de mecánico, vivir solo y no volver a la calle.

MONSEF, 14 AÑOS

Un día volví a mi casa oliendo a tabaco, mi madre se enfadó mucho, me dijo que si yo fumaba me tenía que ir de casa. Pasaron los días, y como seguía fumando, mi madre me echó de casa. Ese fue el primer motivo por el que me fui. Además quería viajar y ver cosas.

Primero fui a Larache, allí conocí a muchos amigos, pero también me pegaron otros muchos. Todos me pegaron duro. Después me fui a Asilah en tren, allí estuve tres días. Hacía mal tiempo, mucho frío. Yo pasaba la noche en la estación de tren y los días en la calle de Asilah pidiendo dinero, pidiendo ayuda. Finalmente viajé a Tánger. Cuando llegué vi que es una ciudad muy grande, muy diferente a mi ciudad, Ksar el Kebir. Además, aquí hay más libertad.

En Tánger éramos un grupo de amigos, teníamos una vida nueva. Todos habíamos venido a la ciudad por lo mismo: problemas en la familia, nuestra ciudad era más pequeña con lo que teníamos menos sitios a donde ir, menos libertad. Pasábamos muy buenos momentos, jugábamos.... También estábamos tristes, llorábamos. Es verdad que los primeros días yo sentía mucha rabia porque, en la calle había dos grupos: el de los chicos mayores y el de los pequeños y, sobre todo por la noche, los mayores trataban mal a los pequeños. Pero con el tiempo, según fueron pasando los días, aprendí a defenderme. Aprendí a conseguir comida y dinero merodeando cerca de los restaurantes y cafés de Tánger.

Cada semana, mi madre me venía a buscar a Tánger para que volviera a casa; un día mi madre me atrapó y me llevó a Ksar el Kebir, me ató para que no me escapara y no volviera a la calle. Cuando me ató, me dijo que si yo quería fumar, ella me daría los cigarrillos para que no me fuera. Pero yo me volví a ir por segunda vez a Tánger, esta vez fue decisión mía, no me echó mi madre.

Bueno, en Tánger había conocido a un chico mayor que me daba cigarrillos, disolvente, cocaína... Él tuvo mucho que ver con mi segundo viaje a Tánger. Mi vuelta a Tánger no tenía que ver con la emigración sino con las ganas de conocer otro mundo, de tener libertad y poder hacer lo que quisiera cuando yo quisiera. Aquí en Tánger puedo fumar, puedo tomar cocaína, disolvente... nadie me controla. Y aquí mi grupo de amigos es mi familia.

Ahora nosotros, mis amigos, estamos tristes. Lloramos la muerte de Hicham. Me pregunto si Hicham, nuestro amigo, está enterrado. He soñado dos veces con él; en el primer sueño iba a visitarlo al hospital y él tenía el cuello roto; en el segundo sueño yo le

preguntaba a Hicham si quería venir conmigo, pero él me contestaba que no. Desde la muerte de Hicham he empezado a pensar que la vida en el cielo es mejor que la vida en la tierra. Porque en el cielo yo puedo ver a Hicham y estar con él. ¡Claro, mejor la vida en el cielo! ¿Cuándo moriremos nosotros? Antes tenía muchos momentos de aventuras con él. Fumábamos juntos, comprábamos cocaína. Constantemente me acuerdo de Hicham, y quiero recordarle siempre, él siempre cantaba una canción y yo no quiero llegar a olvidar esa canción.

Mi vida en Tánger es completamente diferente a la vida que tenía en mi casa. La vida en Tánger es muy difícil porque no hay seguridad. Siempre tenemos miedo. En cada momento tenemos miedo a la muerte, a la enfermedad. La gente tiene miedo de nosotros, nos insulta. Antes no pensaba en la emigración, pero ahora quiero emigrar. En España puedo vivir muy bien. Viviré en un centro para los niños, trabajare para ganar mucho dinero y después volveré a Marruecos, a mi casa, con mi madre, con mi familia y con mucho dinero.

Echo de menos a mi madre, a mi familia, a mi hermano, a mi abuela Rhimo. Pero ahora no puedo volver a mi casa. Puede que, a lo mejor, vuelva en Ramadán. Tengo que pensar mucho la idea de volver a mi casa. Todo es duro. La vida en Tánger es difícil pero me gusta mucho. También la vida en España me gustará mucho, porque sé que allí tendré libertad.

Ahora ninguna persona me dice lo que tengo que hacer y puedo moverme en la calle con libertad. Puedo ir a donde quiero, cuando yo quiero. Pero la policía siempre nos coge porque queremos emigrar. Por las noches la policía nos detiene y nos hace pasar la noche en la comisaría. La policía nos pega con el tubo de goma del gas, no nos da de comer ni de beber, por la mañana nos deja irnos, sólo a los de Tánger, porque a los que viven lejos los dejan por ahí, en algún lugar lejos, pero no les lleva a su ciudad. Por eso todos los niños decimos a la policía que somos de Tánger.

Echo de menos a mi familia, sobre todo a mi madre y a mi abuela. Quiero volver a mi casa, pero quiero tiempo para pensarlo, porque cuándo yo retorne a mi casa seguro que me vuelvo a ir...

Cuando sea mayor quiero ser un educador de calle para ayudar a todos los niños que viven en la calle; para que no tengan una vida como la mía. Quiero trabajar por mi familia y por mi madre.

ABDELHAI, 15 AÑOS

Mi historia en la calle empieza el día que mi padre intentó matar a un chico. Mi padre vendía hachís, era contrabandista y eso le daba miedo a la gente. Mi padre ha estado muchas veces en la cárcel. Mi madre iba a Ceuta a comprar cosas para luego venderlas en Marruecos. Con ese dinero pagaba los gastos de la casa. Me acuerdo que mi madre me traía chocolate, leche, caramelos, mortadela. Estas cosas, en mi pueblo, tienen un gran valor.

Cuando mi madre me traía las cosas, mi hermano me las quitaba y después me pegaba. Mi hermano está casado y no trabaja. Su mujer me enviaba al pozo a por agua, porque en mi casa no tenemos agua potable. Algunas veces no comía porque el pozo está muy lejos. Mi hermano y su mujer vivían en mi casa y mi madre tenía que cubrir todos los gastos.

Mi hermano se ha portado muy mal conmigo, siempre me pegaba. Cuando mi madre estaba en casa, todo iba bien. Mi hermano siempre me ha tenido envidia porque mis padres me daban muchas cosas. Por eso una vez mi hermano se marchó de casa y vivió un tiempo en la calle. Cuando yo tenía diez años, mi hermano me rompió la mano. Siempre le he tenido mucho miedo. Muchas veces me he intentado suicidar por su culpa. Una vez mi hermano le rajó la cara a su mujer con un cuchillo.

La vida sin padres es muy difícil. Quiero tener una vida como los otros niños. Quiero vivir con una familia. En la calle hay comida pero también te pegan, te insultan y se duerme muy mal. No encuentro tranquilidad. Creo que si los niños salen de su casa para ir a la calle, hay que pegarles para que regresen a casa.

El niño que prefiere estar en la calle, antes que con su familia, está loco. En una casa hay comida, educación, cariño, buen trato. Echo de menos el cariño de una familia. Una vez intenté ir a vivir con mi abuela pero no pude. Siempre que duermo me acuerdo de mi padre que está en la cárcel. A veces pienso hacer algo para que me lleven con él, dentro de la cárcel. Mi padre es la persona que más cariño me ha dado.

Quiero cambiar mi vida.

FUAD, 16 AÑOS

Cuando tenía trece años e iba a la escuela, mi profesor me pegaba. A veces me usaba como borrador de la pizarra. También el director de la escuela me pegaba. Cuando repetí curso, mi padre también me pegó.

Empecé a fumar. Conseguía el dinero recogiendo madera y vendiéndola a los panaderos para encender el horno. También recogía latas y botellas. Con el dinero me compraba tabaco. Me hice amigo de los que vivían en la calle y esnifaban; de ellos aprendí a inhalar pegamento y disolvente. Comencé a estar toda la noche en la calle.

Mi madre supo que consumía porque olía a pegamento. Deje de ir a casa y ya estaba todo el tiempo en la calle. Cuando a veces regresaba a casa, mis padres me pegaban mucho. Así que decidí dejar el pegamento, estar en casa y olvidarlo todo. Pero, cuando me asomaba por la ventana veía a los chicos consumir y jugar. Un día abrí la ventana y me escapé. Estuve casi tres meses en la calle, sobre todo en el puerto.

Pedía dinero en la calle y me lo gastaba en ropa, disolvente, alcohol, cigarrillos. Un día, mi padre vino a buscarme al puerto, me agarró y me llevó a casa. Estuve tres días en casa, pero no lo aguanté y regresé a la calle. Donde tenía muchos amigos y esnifaba todos los días.

En la calle conocí a A., un hombre mayor que también vive en la calle y que está con los niños. También tiene relaciones con ellos. Me da de comer, pegamento para inhalar, cigarrillos... El dinero que gano pidiendo en la calle se lo tengo que dar a A.

La calle es muy mala. Muchas veces me escondo y empiezo a llorar. Me pegan, me insultan; lo paso mal. Hay algo en mi interior que me falta. Odio la calle. Quiero volver a casa y no puedo porque necesito esnifar cada día.

Siento envidia cuando veo a los niños que van bien vestidos y con sus padres. No tengo suerte, me río solo y ando como un loco por la calle. Cuando veo a un chico de mi barrio en la calle, le pego y le digo que se vaya a casa, que la calle es muy mala.

He vuelto a casa estos días y mi madre está embarazada. Me han tratado como a un sirviente, no como a un hijo. Yo quería dejar de consumir y estar en la casa, pero no he podido. En estos días he visto a mi padre vender droga en mi casa. Me he puesto como loco

y me he venido otra vez a la calle. No entiendo como mi padre me dice que deje de consumir y él vende droga en mi casa.

Pienso en mi futuro y me gustaría trabajar de sastre.

HASSAN, 15 AÑOS

Salí del colegio a los nueve años, comencé a dormir en la calle y a aprender muchas cosas. De la escuela me fui porque el profesor me pegaba. Cuando llegaba a casa, mis padres me pegaban. Tenía mucho miedo y me marché al puerto. Allí estuve tres días y volví a mi casa porque quería vivir una vida normal, pero los chicos de la calle que había conocido me decían que no volviera a casa, que me quedara en la calle donde podíamos esnifar pegamento y marcharnos a España. Decidí volver a la calle, vivir con los chicos y poder irme a España.

Cuando tenía once años me metí en una caravana y llegué hasta Granada. Allí estuve un mes viviendo con una mujer que me encontró en la calle y me llevó a su casa. Me dio de comer, me dio ropa y medicinas. La policía me detuvo un día que estaba solo, paseando por Granada. Me devolvieron a Marruecos. Me dejaron en la comisaría de policía. Me escapé y regresé a mi casa.

Tres semanas después, volví a la calle y de ahí, al puerto. Hice nuevos amigos. Fue un momento diferente porque, como había estado en España, los demás chicos me respetaban.

De nuevo en el puerto intenté meterme debajo de un camión pero pasaron varias semanas y no pude conseguirlo. Regresé a casa y comencé a trabajar como ayudante, primero de un sastre y luego de un carpintero. Cobraba cuarenta dirhams a la semana. Así estuve cinco meses hasta que lo dejé y regresé al puerto. Empecé a pedir limosna para comer, para comprarme cigarrillos, pegamento... y cuando, a veces, regresaba a casa, mi padre me pegaba.

Un día, conseguí meterme debajo de un autobús y logré llegar a Algeciras. Allí estuve una semana con un hombre que hizo igual que la señora de Granada. Me llevó a su casa y me dio de comer, ropa.

Tal y como sucedió en Granada, la policía me cogió, en la calle, una noche. Como ya sabían de mi domicilio, me volvieron a llevar a Marruecos.

La policía de Marruecos me pegó, y me habrían seguido pegando, pero me escapé por la ventana. Volví a mi casa y comencé a buscar un nuevo empleo como sastre o carpintero. Esto duró tres meses. Regresé a la calle durante otros dos meses, durante ese tiempo esnifé mucho pegamento.

La idea de irme a España se me ha ido un poco de la cabeza. Ahora solamente quiero esnifar pegamento. De vez en cuando veo a mi padre buscándome por la calle. A veces me coge y me lleva a casa. Me ata con una cuerda, me pega, me da de comer como a un perro y me vuelvo a escapar a la calle.

Me encuentro mal de salud. La calle es muy mala, la gente me pega.

Los educadores de calle me encontraron y me metieron en un centro que tienen los españoles en Beni Makada. Estudio y lo paso bien. Me enseñan para poder examinarme a final de curso. También me han dicho que en verano nos iremos de campamento a la playa.

MUJERES, MADRES



MADRE DE HAKIM, UN CHICO DE 15 AÑOS QUE MURIÓ BAJO LAS RUEDAS DEL AUTOBÚS EN EL QUE SE ESCONDÍA PARA INTENTAR EMIGRAR

Esta historia comienza el día que mi hijo ve como uno de los vecinos vuelve de España con coche y dinero. También es testigo de como la familia de este, gracias a su ayuda, se traslada a vivir a otro barrio en una nueva casa.

Nosotros vivimos en una casa muy humilde. Hakim, como los otros niños, sólo se fija en que los que vuelven de España pueden ayudar a su familia a salir de la pobreza.

Todas las veces que mi hijo hablaba de emigrar yo le contestaba que podía hacer lo que quisiera pero que mi corazón prefería que no emigrara.

Cada vez que mi hijo volvía a casa, yo sabía, por cómo traía la ropa, si había estado en el puerto o en el Marjane². Le decía:

- Estás intentando emigrar.

Él asentía. Me decía:

- Quiero ir a España para conseguir dinero y ayudar a la familia.

Yo le decía:

- Por favor, quédate en casa. Ve a la escuela y cuando seas mayor podrás ayudarme.

- Quiero ir a España para conseguir dinero- repetía cada día.

Y yo le replicaba:

- Eres el único hombre de la casa, el único varón entre tus hermanas, yo te prefiero a ti más que a todo el dinero del mundo.

Pero él seguía:

² La carretera del Marjane, un centro comercial, es uno de los puntos donde los menores esperan a los autobuses o camiones con matrículas extranjeras para intentar colarse en sus bajos y abandonar el país.

- No puedo madre. Yo no puedo por dos razones, la primera: los amigos que han emigrado a España han vuelto con mucho dinero; y la segunda razón: mis hermanas y mi padre trabajan muchas horas para finalmente conseguir muy poco dinero.

Hakim era una buena persona. Al principio se puso a buscar un empleo. Hizo muchos trabajos: lijar madera, vender en la calle, hinchar ruedas de coche,...

Al acabar la jornada, mi hijo volvía muy cansado. Un día me dijo:

- Ya no quiero trabajar ni ir a la escuela, sólo quiero irme a España.

Empezó a ir al puerto y de ahí al Marjane, en busca de camiones en los que poder colarse y agarrarse de los ejes para así entrar al barco. Cuando volvía a casa me contaba todo lo que había hecho, los incidentes que tenía con la policía y cómo estos le pegaban. Yo le decía:

- Es mejor no salir, no emigrar.

Entonces, a lo mejor, estaba tres días sin intentarlo pero al cuarto volvía a lo mismo. Todo volvía a empezar. A veces, traía el brazo roto o alguna herida. Le llevaba al hospital o le curábamos en casa... pero una semana después regresaba a la calle y me volvía a pedir permiso para que le dejara emigrar. Yo le contestaba que no podía dejarle marchar.

Recuerdo que ese lunes, el día antes de morir mi hijo... Mientras hablo contigo, revivo todo lo que pasó cuando murió mi hijo.

Ese lunes, Hakim volvió a casa a las nueve de la mañana con la ropa sucia y el cuerpo a moratones. Todos sabíamos que estaba intentando emigrar. Su padre habló con él y Hakim le contesto:

- Padre yo o llego a España o acabo muerto, pero aquí no me quedo.

Yo también lo había hablado con él muchas veces, muchas veces. Volví a repetirle lo mismo de siempre:

- Es mejor no salir, no emigrar.

Pero ese lunes su discurso era diferente: me pedía perdón por darme tantos disgustos y aseguraba que no podía evitarlo.

El martes salió a la calle y esta vez no le pregunté a dónde iba. Estuve trabajando en casa hasta que un amigo llamó a la puerta... Me dijo:

- Tu hijo está muerto.

Empecé a gritar. Mi corazón lo aceptó pero no podía dejar de gritar:

- ¡No!

Salí corriendo a la calle como una loca, muchos de mis vecinos me intentaron calmar. Me puse a gritar el nombre de mi hijo:

- ¡Hakim!

Me rasgué la ropa. Todos llorábamos: mi hija, mis vecinos... Mi corazón de madre sabía, pero no podía dejar de gritar. Al final había pasado. Ocurrió lo peor.

Mi hija me cogió de la mano y me arrastró hasta hacerme volver a casa. Me vestí, cogí dinero y me dirigí al Hospital Mohamed V. Al llegar pregunté si habían ingresado a un chico muerto, nadie me respondía porque yo no paraba de llorar. Tampoco el médico fue capaz de decirme nada. Fue dramático. No veía nada más que la cara de Hakim por todas partes.

Volví a casa en un taxi. Por el camino me fui calmando, pero cuando el taxi se acercó a mi calle y vi a tanta gente llorando, pensé que no podría soportarlo y me derrumbé de nuevo. Mi mirada buscaba a Hakim entre toda aquella gente. Era como si estuviera loca. Sentí como los ojos de los demás me preguntaban: ¿dónde está tu hijo? Fue el día más negro de mi vida.

Los amigos de mi hijo me contaron cómo había muerto. Estaba con ellos intentando emigrar y se subieron al remolque de un autobús. La policía les perseguía, les insultaba y les golpeaba con una porra. Los amigos lograron saltar y escapar, pero mi hijo no pudo porque tenía lastimado el brazo de la última caída. Se le enganchó el pantalón y cuando intentó saltar se metió bajo la rueda del autobús... Le pasó por encima.

Así murió mi hijo.

LAILA

Tengo dos hijos en España, Jamal y Raschid. Los dos emigraron a España ilegalmente. A Jamal le repatrió la policía pero a los pocos meses volvió a irse. A Raschid no le he visto en nueve años. Eso es mucho tiempo. Le echo mucho de menos.

Mi salud se ha ido deteriorando. No ver a mis hijos me enferma. Todos los días lloro. Hoy en día he olvidado muchas cosas que antes recordaba de mi hijo. Nueve años es mucho tiempo. Estoy muy triste. Desde la última vez que le vi, sólo las lágrimas han llenado mis ojos. No puedo vivir con normalidad, no puedo ser como otras madres. Me gustaría verle, jugar con él. Es mi hijo.

Antes de que Raschid emigrara, trabajaba aquí, tenía buena salud, era fuerte, ganaba dinero. Él era como todos los niños, siempre pensando en emigrar. Un día deje de ver a mi hijo y no sé nada de él. En todo este tiempo no he podido estar contenta ni una sola vez. Siempre le pregunto a Dios: ¿cuándo volveré a ver a mi hijo Raschid?

España no me ha dado nada, sólo me ha quitado a mis hijos. España ha hecho que esté triste y preocupada. No sé porque todos los niños quieren emigrar, porque no prefieren quedarse en Marruecos. Aquí, en su país, también pueden conseguir dinero.

BOUCHARA
MADRE DE UN NIÑO QUE EMIGRÓ A ESPAÑA EN 1.994 Y DESDE ENTONCES NO
SABE NADA DE ÉL

Mi hijo se marchó de casa en 1994, cuando solamente contaba catorce años. Nosotros le buscamos pero nunca apareció. Pasaron meses. Un amigo de mi hijo, me dijo que vio a Abdelaziz en el puerto de Tánger. Pasó un año. Escuchamos que nuestro hijo estaba en España. Los chicos del barrio que emigraban y luego regresaban de España me decían que habían visto a mi hijo.

No sé si es verdad o no. Mi hijo nunca me ha llamado por teléfono para decirme dónde está y si está bien. Mucha gente me dice que mi hijo está muerto y que por eso nunca se ha puesto en contacto conmigo. Mi corazón me dice que mi hijo no está muerto.

Recuerdo que mi hijo siempre me decía:

- ¡Mamá!, seguramente me vaya a España y, cuando vuelva, voy a traer mucho dinero para comprar una casa, un coche para toda la familia, pero sobre todo para ti. Yo no quiero volver a Marruecos rápido, estaré en España mucho tiempo aunque finalmente volveré.

Yo no creía las palabras de mi hijo, me sonaban a broma. Ahora no sé si las recuerdo o las invento para darle un sentido a que no está aquí en casa.

El motivo por el que mi hijo emigró fue porque tuvo un pequeño problema con la policía. Ellos creían que mi hijo había robado un radiocassette. Yo sé que mi hijo no es un ladrón y que él no fue el que robó. Estoy muy segura de la educación que le he dado a mi hijo. Siempre ha tenido buena educación. Otra cosa es lo que él haya aprendido. La policía arrestó a mi hijo y le llevó a un centro para aquellos menores que tienen problemas con la ley. Fui a la comisaría y hablé con uno de los responsables. Conseguí que sacaran a mi hijo del centro. Este fue el problema que mi hijo tuvo y creo que por eso se marchó.

Hasta ahora no sabemos nada de él. Hace once años que se marchó. Cada vez que viene alguien de España, le pregunto si ha visto a mi hijo.

A lo mejor, en España, ha encontrado una mujer para que esté con él y le ayude.

Me encuentro enferma y no me gustaría morir sin antes ver otra vez a mi hijo. No quiero la casa. No quiero el coche. No quiero dinero. Quiero ver a mi hijo.

FATIMA
MADRE DE UN JÓVEN QUE MURIÓ VICTIMA DE UN INTENTO DE EMIGRACIÓN
CLANDESTINA

¡Quiero que mis hijos vivan conmigo! Quiero que todos los niños marroquíes que viven en España vuelvan a Marruecos, a vivir con su familia. Añoro a mis hijos.

Mi hijo Mohamed no tenía trabajo. Era muy joven, tenía 19 años y esperaba poder trabajar aquí en Marruecos. Cada día iba a buscar trabajo. Y a veces encontraba. Pero emigró y ahora está muerto.

Murió el día 26 del mes de Ramadán. Ese día después de Sohor (*última comida antes de la salida del sol durante el mes de Ramadán*), Mohamed salió de casa para ir a rezar a la mezquita, después fue al puerto para intentar emigrar. Se metió debajo de un camión. A pesar de lo peligroso que era, él quiso hacerlo. Se escondió en los bajos del camión para así entrar al barco que le llevaría a España. La fuerza del camión le aplastó la cabeza y murió en el acto. Perdió una parte de su cráneo.

Muchos niños mueren cuándo intentan emigrar, sobre todo en estos últimos años. Yo no creo que mi hijo Mohamed quisiera realmente emigrar. Pero aquí no hay trabajo.

Esa misma noche de Ramadán mi hija, Meriam, al ver como su hermano Mohamed se vestía para salir, presintió que su hermano se iba a ir. Ella no me dijo nada en ese momento pero vino a buscarme, me pidió dinero y se lo dio a su hermano.

A las 7 de la mañana recibí la noticia de la muerte de mi hijo. No me lo pude creer y tuve que ir al hospital para comprobarlo. Allí me di cuenta de que lo que pasaba era muy grave. Pregunté:

- ¿Puedo ver a mi hijo?

Una persona me respondió:

- No.

Otra persona me dio 100 dirhams:

- Es una ayuda- me dijo.

Mi hermana me mostró la zapatilla de Mohamed cubierta de sangre. Empecé a correr, a llorar. Antes de que pudieran calmarme volví a mi casa. Después enterramos a mi hijo.

Muchos niños han muerto como mi hijo Mohamed: Bilal, Muad.... La mayoría de los niños son de Ben Diban y Berwaka. Casi todos mueren antes de llegar a España, en la carretera, en el puerto, en la calle.

La muerte de Mohamed fue muy dura para sus hermanos. El pequeño, Yusef, dice que Mohamed murió porque esa era la voluntad de Dios. Hasta el día de hoy, todos sus hermanos le recuerdan.

Mi hijo Otman, vive en España, consume drogas, inhala disolvente. Me pongo muy triste cuando escucho que mi hijo no está bien. Su cuerpo es débil y siempre está enfermo. Ha pasado tres meses en el hospital y ahora no sé cómo se encuentra. Sé que la policía lo ha detenido. Pero no sé si mi hijo se va a quedar en España o si lo van a devolver a Marruecos. Muchas madres tienen mi mismo problema. Por ejemplo, mi vecina no ha visto a su hijo desde hace once años y no sabe nada de él, si ha muerto, si está enfermo....

Espero que alguna asociación de España o de Marruecos ayude a resolver esta situación. Lo espero por mi hijo Otman. Él como otros muchos, dice que si le repatrian a Marruecos se suicida. Mi otro hijo Mohsin, que también vive en España, no quiere volver a Marruecos, porque ahí ha encontrado trabajo.

Hago muchas cosas durante el día para no acordarme todo el tiempo de mi hijo Mohamed. Tuve un sueño antes de que muriera: *cogía una botella y una persona me decía que la apretara muy fuerte para que algo saliera de ella*. Tras la muerte de mi hijo le pregunté a mi tío por el significado del sueño, él me contesta que fue un presagio. Ese algo que salía de la botella era el alma de Mohamed que se iba a ir. No quiero llorar porque su muerte es el destino que Dios ha dispuesto, para él y para mí.

Mohamed quería irse a España porque allí había una mujer. Ella venía a Marruecos cada vez que tenía vacaciones, le proponía a mi hijo que se fuera con ella para casarse y así poder conseguir los papeles. Él quería mucho a esa chica, tenía muchas cartas y fotos de ella. El amor fue la causa principal de la muerte de mi hijo. Ahora me quedan las fotos que muchas veces me pongo a mirar. Mi hijo era muy especial, muy simpático, muy cariñoso, muy religioso. Tengo también una carta de despedida que mi hijo me escribió la misma noche que se fue:

“Hoy es mi último día en la casa mamá. Lo siento mucho. Perdona. La quiero mucho, madre. Hoy es mi último día. Es el peor día de mi vida. Antes de irme le doy las gracias. Te quiero mucho, Meriam.”

Quiero que la muerte de mi hijo desengañe a todos los niños que quieren emigrar. Su muerte fue muy dolorosa para toda la gente que le conocía: vecinos, amigos...

Nosotros, los del barrio, somos muy pobres, por eso todos los niños quieren marcharse. Sobre todo cuando ven a la gente que vuelve a Marruecos con coches, dinero y muchas cosas modernas. Pero todas esas cosas no las consiguen con el trabajo sino con la venta de drogas o con robos. Una persona honrada, con un trabajo normal no puede conseguir todo eso. Puede conseguir dinero para comer, para pagar la casa, para vestirse. Todas las cosas que los niños imaginan que conseguirán en España no son una realidad. La vida en España es dura y difícil. Además ahí las cosas valen mucho dinero. La mayoría de los jóvenes en Marruecos no tienen elección, si quieren tener mucho dinero van a acabar metidos en tráfico de drogas o en la delincuencia.

No quiero el dinero de mis hijos que están fuera, no quiero coche, no quiero una casa grande. Quiero que estén bien. Si tuviera mucho dinero se lo mandaría a ellos para que tuvieran una vida buena, tranquila.

Quiero que mi testimonio haga pensar, a los niños y a los jóvenes, que es mejor quedarse y vivir en Marruecos. Que han de buscar su futuro aquí, con su familia. La emigración es dura, difícil y muy peligrosa. También creo que la vida en España es difícil. La mayoría de los niños cuando llegan a España tienen muchos problemas. No se sienten bien y nadie les quiere. Les falta el dinero y nadie les entiende. Cuando mis hijos me llaman desde España, me dicen que no todos los niños pueden vivir en los centros de menores, y que por eso la mayoría acaba drogándose y robando.

Me gusta hablar con otras madres para decirles que no les permitan a sus hijos marcharse a España. Allí, los niños no tienen nada. Es mejor que los niños y los jóvenes vivan en Marruecos para aprender muchas cosas, estudiar, tener una formación y trabajar aquí, con su familia. La familia es muy importante para los niños. Por ejemplo, yo ahora no puedo hablar directamente con mi hijo Otman. No le puedo ayudar porque él está lejos. No pude cuidarlo cuándo estuvo ingresado tres meses en el hospital. Hay gente que me dice que mi hijo va a volver en un ataúd.

Finalmente espero que la vida en Marruecos sea mejor para todos: jóvenes y niños. También quiero que en Marruecos se construyan muchos centros para ellos, para que puedan comer, estudiar, tener ropa... porque lo que les empuja a emigrar es la pobreza en la que viven.

Ahora tengo solamente un hijo pequeño en Marruecos, se llama Yusef. Tengo miedo de que él intente también emigrar. Después de la muerte de Mohamed doy muchos consejos a los niños de la calle para que no se repita la experiencia de mi hijo. Todos los niños de la calle saben que yo soy la madre de Mohamed. Pero los niños no escuchan.

NAYART
MADRE DE UN JOVEN MARROQUÍ QUE EMIGRÓ SIENDO UN NIÑO JUNTO A SU
PADRE Y SU HERMANO. MURIÓ EN ESPAÑA A LA EDAD DE 23 AÑOS EN UN
ACCIDENTE DE TRÁFICO

Mi hijo Anuar murió el 1 Mayo del 2004. Volvía a Marruecos. Iba en coche y tuvo un accidente cerca de Madrid. Fue un gran accidente, se habló mucho de él por la televisión, toda España se enteró. Fue horrible.

Murió un lunes. Su padre y su hermano Tarek se enteraron de la noticia por la policía. Ellos estaban en un café, cerca de la casa que tienen en Barcelona. La policía llegó y les dijo:

- ¿Conocéis a un chico que se llama Anuar?

Ellos contestaron que sí. Entonces, los policías les acompañaron hasta la casa y ahí les contaron todo lo ocurrido. A mi marido y a Tarek les fue difícil creer lo que escuchaban. No era posible. Se echaron a llorar.

Mi hijo Tarek me llamó por teléfono para decirme que Anuar se había muerto, yo tampoco me lo podía creer y le gritaba:

- ¿¡Qué estás diciendo!? ¡Estás loco!...

Le colgué el teléfono. Entonces me volvió a llamar. No quise descolgarlo. Mi hermana lo cogió. Tarek volvía a repetir lo mismo

- ¡Anuar está muerto! ¡Anuar está muerto! ¡Se ha muerto! ¡Mi hermano ha muerto!

Mi hermana gritaba:

- ¡¡ Basta, cállate!!

Ella tampoco lo pudo aceptar y por eso Tarek le dijo que llamáramos a su padre. Que él nos contaría y veríamos que era verdad. Al final llamé a mi marido. Él me dijo que sí, que era cierto. Él había visto a nuestro hijo en el depósito de cadáveres. Anuar estaba muerto. Al oír esto me hundí. Mi hermana y yo no parábamos de llorar, de gritar. Fue una noticia trágica para mí y para toda mi familia...

Fue horrible. Sentí como si mi corazón se rompiera. Ni siquiera ahora, a pesar de los años que han pasado, puedo explicarte lo que sentí cuando supe la noticia de la muerte de mi hijo.

Anuar era un buen hijo, todos los meses me mandaba dinero. Mi marido, su padre, no trabaja. Todos los meses, sin faltar ninguno, yo recibía la misma cantidad de dinero, pero en los últimos meses empezó a mandarme más de lo habitual. Anuar era totalmente diferente de los demás chavales. Toda la gente que le conoció le quiso. En España también lloraron su muerte. Ellos sienten como yo, que el corazón se les desgarró.

Mi marido y mi otro hijo tuvieron que ir al psicólogo para superar la muerte de Anuar. Yo les llamaba y les echaba la culpa de lo que le había ocurrido. Les culpaba de su muerte, de no haberla evitado, de no haberle cuidado, de no trabajar...

Unos quince días después del accidente conseguí el visado y pude viajar a España. A cada instante, en cada sitio por el que iba pasando, creía ver a Anuar. Ya en su casa de Barcelona, me vino a visitar su jefa. Ella le apreciaba mucho y me dio dinero. Lloré todos los días que pasé en Barcelona. Todo lo que había en esa casa me recordaba a Anuar. Llevaba tiempo con muchas ganas de ir a España, era mi sueño, pero el sueño se convirtió en pesadilla.

Anuar me llamó un día antes de su muerte y me contó que estaba bien, que todo le iba estupendamente. Estaba feliz. Me preguntó por todo: cómo estaba yo, qué tal la familia, cómo estaba Tánger, la situación en la calle... Yo le pregunté si realmente estaba todo bien, porque nunca antes me había hecho tantas preguntas. Creo que mi hijo presentía su muerte.

La muerte de mi hijo me ha dejado vacía. No tengo ganas de comer, no tengo ganas de hacer nada. Estoy siempre muy triste, como paralizada. Quiero que mi familia vuelva a casa. Cada vez que hablo con mi marido y con mi hijo Tarek les pido que vuelvan a Marruecos.

NADIA

MADRE DE UN JÓVEN QUE MURIÓ QUEMADO EN LAS CALLE DE BARCELONA

Mi hijo trabajaba en la construcción. A veces encontraba trabajo, pero otras muchas veces no. Siempre había soñado con viajar a España. Cada noche iba al puerto para emigrar. A mi no me gustaba la idea. Me quedaba preocupada, sin saber cuándo ni cómo volvería a casa.

Finalmente se marchó. Lloré mucho. De los nervios me temblaba todo el cuerpo.

Mi hijo me llamaba por teléfono y me enviaba algo de dinero. Pero poco tiempo después dejamos de saber sobre él. Entonces comencé a preguntar y a llamar por teléfono a uno de sus amigos en España. Pero nada, no sabía nada.

Un día, una mujer me preguntó que dónde estaba mi hijo, que en qué ciudad española vivía y yo le respondí que no lo sabía. Esta mujer también tenía un hijo en España y parece ser que se conocían. Al cabo de dos días, la mujer vino otra vez y me dijo que se había enterado de que mi hijo había muerto. Yo no la creí. Era muy difícil para mí pensar que mi hijo estaba muerto. Es insoportable para una madre saber que su hijo está muerto. Así que, en ese momento, preferí creer que estaba soñando.

Cuarenta días después, un periódico español publicaba que un menor marroquí había muerto quemado. Los autores habían sido chicos jóvenes como él. Le atraparon entre varios, le rociaron el cuerpo con gasolina y le prendieron fuego. Fue en Barcelona. La policía española encontró la cartera de mi hijo al lado del cadáver. Gracias a eso le identificaron.

Fue muy duro para mi leer de que manera había muerto mi hijo. Me quedé muda toda la semana. Fue más duro saber cómo había muerto que saber que había muerto. Mi marido también dejó de hablar. Ha sido muy difícil para toda la familia. Sobre todo para el padre, quien ha caído en una depresión. Nosotros, mi marido y yo, no sabemos por qué aquel grupo de chicos incendió a nuestro hijo.

Pasados unos días, conseguí el número de teléfono de la policía española y les pregunté sobre cómo podía conseguir las cenizas de mi hijo, pero me dijeron que no podían hacer nada. Hablé con la fundación Mohamed V pero tampoco pudieron ayudarme. Hablamos con abogados, periódicos pero nadie nos ha podido ayudar.

Ahora yo solamente quiero saber dónde están las cenizas de mi hijo. Me gustaría enterrarlas cerca de su familia. Esto se ha convertido en un sueño porque está siendo muy difícil de conseguir.

La muerte de mi hijo es una catástrofe. Pienso en los demás niños que están en España. Temo que a estos niños les pase lo que a mi hijo.

Yo pregunto a todos los responsables de Marruecos y de España si tienen alguna solución para detener la emigración infantil.

MADRE DE HOZAM

Siempre me decía que iba a jugar al fútbol o al Centro. Siempre traía alguna excusa cuando volvía tarde a casa. Sin embargo yo sabía que había estado en el cruce. Ahí donde paran los camiones en dirección al puerto.

Intenté apartar de su cabeza la idea de emigrar. Pero no pude. Muchas veces le aconsejaba. Le contaba como muchos niños habían fallecido por intentar montarse en esos camiones. Constantemente temía que él acabara siendo uno de ellos. Es un temor, una pesadilla que nos persigue a todas las madres.

El día que me llamó desde España. Pensé que bromeaba. Me sentí confusa. Comencé a llorar. Y entonces supe que había perdido a mi hijo definitivamente.

La casa está vacía sin él. Mi hijo era la alegría de mi casa. A pesar de nuestra pobreza, nos sentíamos alegres con él a nuestro lado. Era muy bueno conmigo. Yo soy la que trae el dinero a casa y él siempre me animaba cuando volvía de trabajar. Mi marido tiene un brazo roto y no puede trabajar.

Desde el accidente de mi marido, en el que se rompió el brazo, todos mis hijos piensan en ayudarnos, todos quieren que tengamos un televisor, una nevera, una radio... y todos piensan en emigrar para poder conseguir esas cosas. Debido a esto, mi hijo Hussein emigró. Para poder trabajar, para mejorar nuestra situación económica. Además, todos vemos como todos los vecinos y los amigos que vuelven de España traen dinero y coches. Él también soñaba con casas grandes y ropas bonitas.

Que Hozam consiguiera emigrar ha influido sobre el resto de la familia. Ahora no puedo dar consejos a los otros niños para que no emigren. Además, son sus propias familias las que los animan a ello.

MADRE DE HUSSEIN

Hacía dos años que intentaba emigrar. Se avergonzaba de que fuéramos pobres. Hasta el punto de que no quería que ninguno de sus amigos viniera a visitarlo a casa. No tenemos agua ni luz. Vivimos en una chabola. Dormimos todos en la misma habitación. No tenemos cocina ni aseo. Tengo nueve hijos, todos pequeños y a veces no tengo suficiente comida para todos.

Todo esto ha hecho que mi hijo Hussein pensara en emigrar a España. A pesar de las condiciones en que vivimos, yo nunca querido que emigrara, nunca he estado de acuerdo con él en esto. Hasta el punto de que muchas veces le ataba con una cuerda para que no saliera a la calle y para que no se fuese al puerto. Tengo mucho miedo por él, sobre todo desde que murió el hijo de mi vecina.

Una vez tardó horas en volver a casa y me llegó la noticia de que había conseguido emigrar. Pero en realidad era mentira, volvió a casa pasada la medianoche. Me enfadé mucho con él, le pegué y le volví a atar con la cuerda.

Después del castigo cambió de comportamiento: empezó a volver pronto a casa y hacía todo lo que le decía. Pero cuando rezaba siempre pedía a Dios que le ayudara a emigrar. A veces conseguía trabajo vendiendo sal o bolsas de plástico y me ayudaba con los gastos de la casa. Era un buen chico y todo el mundo le quería. Era un buen estudiante. Nuestra pobreza es la razón por la que a él se le metió en la cabeza la idea de dejar su país y su familia.

Un día me di cuenta de que estaba muy nervioso; cenó rápidamente, rezó y salió de casa. Nada indicaba que fuera a ir al puerto. Lo esperé toda la noche. No pude dormir pensando en todos los niños que habían muerto intentando emigrar. Al día siguiente cuando ya no pude soportar la espera, salí a buscarlo. Pero la sorpresa fue cuando unas horas más tarde me llamó desde España. Entonces sentí tanto miedo que empecé a llorar. Mi hijo es demasiado pequeño para una aventura de este tipo. Su pequeño cuerpo no soporta la violencia o la vida en la calle. Luego me tranquilicé un poco pensando que, al menos, había escapado de la muerte.

Mi hijo Hussein ha emigrado para intentar cambiar nuestra difícil situación económica; para sacar a sus hermanos de la pobreza y de las carencias. Nosotros lo queremos mucho y sólo deseamos que esté bien.

MADRE DE ABSLAM

Siento tristeza y soledad. Tras la marcha de mi hijo Abslam, siento como si me faltara una parte de mi cuerpo.

Recuerdo que nunca había hablado de emigrar, o al menos nunca delante de nosotros. Supongo que por temor a que su padre se enfadara con él. A mi hijo le gustaba hablar con su padre, siempre estaban discutiendo sobre diferentes temas.

Un día nos sorprendió su llamada desde España. No sabemos cómo pasó. Creo que a él también le sorprendió la rapidez con la que consiguió emigrar. Todo lo que nos dijo, en ese momento, por teléfono fue que iba a buscar trabajo.

¿Las razones por las que se marchó?

Creo que, primero, porque deseaba cambiar el entorno social en el que vivía. Siempre se había quejado del maltrato que sufría por parte de sus profesores, y de que nunca había encontrado quien le ayudase a mejorar su nivel escolar. No es culpa de mi hijo que suspendiera cada año. Sus deseos de terminar los estudios se veían frustrados por el maltrato y la dejadez de sus profesores. Hasta el punto de que empezó a odiar la escuela.

La segunda razón de su partida es que no encontraba un espacio adecuado donde pasar su tiempo libre. Como sabéis, vivimos en un barrio tan pobre que carece de bibliotecas, de un centro para jóvenes e incluso de algún campo de fútbol. La rutina diaria le empujó a buscar algo mejor para él. Él siempre había deseado vivir en un entorno donde encontrar todo lo que quisiera.

Ahora nos llama de vez en cuando porque está en un centro social. Nos ha comentado que ha pedido a los responsables del centro que le ayuden a acabar sus estudios. Nuestro consejo, para él, es que tenga paciencia. Y que no cometa ningún error. Porque la situación allí es muy delicada. Debe ser responsable. Nosotros rezamos por él. Nos preocupamos mucho cuando oímos alguna noticia sobre la muerte o la desaparición de alguno de los niños que se encuentran allí. Mi temor es que yo también pierda a mi hijo, porque todos los niños que han emigrado y se han encontrado con algún problema difícil han acabado muy mal...

SINTESIS



La infancia en la calle

La infancia es la etapa de la vida en que un individuo se desarrolla y se prepara para la vida adulta. Las circunstancias económicas, sociales y familiares que le rodean son el caldo de cultivo sobre el que se construirá su identidad y personalidad. La situación de desamparo y vulnerabilidad que provoca la calle será un condicionante definitivo en su desarrollo evolutivo, principalmente por la ausencia de una figura de referencia adecuada. Esto influirá a todos los niveles: cognitivo, social e incluso físico.

En la mayoría de los casos es el propio menor quien, de forma paulatina, va reconociendo la calle como su entorno. Normalmente la escuela es el primer espacio con el que rompe los vínculos, en caso de que los haya tenido; a menudo este entorno no se reconoce como un espacio de encuentro y socialización.

La encuesta nacional sobre el analfabetismo, la no escolarización y la desescolarización en Marruecos identifica el fracaso escolar como la causa más importante de la no escolarización. En la región de Tánger-Tetuán, la tasa es del 10,98%: el 5,90% corresponde a menores que en algún momento han estado escolarizados pero abandonaron la escuela, el 5,08% restante nunca ha estado escolarizado. Las tasas de la región Tánger-Tetuán son inferiores a la media establecida a nivel nacional (ENANS, 2006).

La raíz de la situación de desamparo y desprotección en la que encontramos a estos menores se encuentra normalmente en el núcleo familiar: maltrato físico o psicológico, problemas socioeconómicos, desestructuración familiar, etc. El niño rompe tanto los vínculos afectivos con la familia como los sociales con su grupo de iguales en el barrio y en la escuela; se encuentra en un medio ajeno, la calle, en el que vivir se convierte en supervivencia.

La sociedad rechaza al menor que ha roto con su medio natural, provocando situaciones de violencia y agresividad que progresivamente serán aprendidas como habilidades y hábitos de calle; la mendicidad será el principal medio para cubrir sus necesidades básicas.

El camino para llegar a la situación descrita se desarrolla entre la valentía o la inercia que impulsan la necesidad de satisfacción personal. Romper vínculos no significa olvidar. La calle no da respuesta al ansia de hacerse a sí mismo; el deseo del retorno se plasma en situaciones en las que la calle muestra su debilidad más cruel.

El reencuentro con los orígenes es necesario aunque la realidad, en ocasiones, es más hostil y lejana que el recuerdo. De nuevo cambia el rumbo de la lógica, la calle ha creado dependencias que en un instante cualquiera se convirtieron en adicciones difíciles de

solventar. En la calle existen muchas contradicciones; la soledad que se presupone por la situación de abandono frente a las propias estrategias de supervivencia y evasión de la realidad que crean mecanismos de inmunidad ante la crueldad de la situación.

Es arriesgado determinar en que momento surge el pensamiento de otra vida al otro lado del estrecho; lo que no genera duda es que es una idea latente en la vida de la calle; en demasiados casos se ha convertido en un hecho consumado con normalidad.

Desde los once o doce años llegan chavales de diferentes ciudades de Marruecos que pueblan las calles de Tánger de forma organizada gestionando de forma efectiva sus herramientas de supervivencia. La situación ha traspasado los límites de la ciudad de Tánger y se ha convertido en una cuestión nacional, ya que llegan chicos de todas las partes del país, e internacional, desde el momento en que la protección de los menores no acompañados sobrepasa las posibilidades de los sistemas de acogida de los países considerados *primer mundo*.

La emigración clandestina de menores no deja de ser un juego en el que los riesgos no se presentan como reales a los ojos de los candidatos a emigrar. Pasan años persiguiendo camiones con matrícula extranjera o deambulando por el puerto a la espera de una oportunidad para esconderse bajo un autobús o un barco.

La calle no deja de ser dura a pesar de la experiencia de los menores en ella o de la sensación de fortaleza que puedan sentir. La costumbre propicia que se pierda y el sentido del riesgo. El consumo de drogas, normalmente disolvente, es habitual porque, además de permitirles pasar un buen rato, quita el hambre. En casos de adicción, el deterioro físico suele ser evidente y el psicológico se deja ver con el paso del tiempo; en ocasiones, este mismo deterioro es el que disminuye la fuerza de la idea de la emigración.

El menor regresa una y otra vez a la calle. A veces la enfermedad puede con su salud y otras es un accidente el que acaba mortalmente con su vida. La muerte de un niño de la calle desestabiliza al grupo al que pertenece. El dolor de la pérdida se acumula a los sentimientos de soledad, frustración, rechazo y angustia.

Vivencias excepcionales que forman ya parte del día a día de estos menores.

Educación de calle

El ambiente de tranquilidad y confianza que respira el menor en compañía del educador es lo que ha dado lugar a los testimonios de Said, Ali, Mustapha, Ahmed, Adil, Abdelaziz, Hicham, Mohamed, Monsef, Abdelhai, Fuad y Hassan, menores de entre trece y dieciséis

años que nos han abierto las puertas de su vida. Cinco de estos niños son de Tánger, una ciudad foco de atracción de la población rural debido al desarrollo que ha experimentado la industria textil en los últimos veinte años; el resto provienen del sur del país, de pueblos donde la pobreza es acuciante y el desempleo generalizado.

El primer objetivo en el trabajo de calle es el acercamiento al menor para conocer sus hábitos y ganar su confianza. Esto permitirá recoger información suficiente para valorar la situación e iniciar, si se considera adecuado, el retorno a la familia.

Desde el inicio del proyecto, a principios de 2006, se han identificado 148 menores con los que se ha tomado contacto y seguido el itinerario de intervención cuyo objetivo principal es la reintegración familiar. De los 148 menores detectados se han realizado 87 acompañamientos para la reintegración familiar.

Abandono del hogar

Entre los testimonios hemos identificado la incidencia que tienen los asuntos familiares a la hora de que los niños tomen la decisión de irse a vivir a la calle. Todo los menores entrevistados han manifestado tener familia, de lo que se deduce que la causa del abandono no es la falta de un hogar sino los problemas dentro de éste. En general, provienen de familias numerosas con escasos recursos económicos. ***“Mi padre murió porque no tenía dinero para comprar los medicamentos que le recetaron”*** dice Abdelaziz. Los padres no llegan a cumplir con su rol de educadores y protectores provocando que los chavales se sientan abandonados e incluso expulsados de su hogar.

En este contexto donde predominan las situaciones de divorcio, violencia familiar o muerte de uno de los padres, los niños relatan que han sido víctimas de maltrato físico, psicológico, agresiones verbales, etc. Todo ello acaba rompiendo la comunicación entre los menores y sus familiares dando como resultado que el niño se ausente del hogar y pierda el respeto y la confianza de sus allegados.

Hicham y Ahmed tienen trece años. Ambos pertenecen a una familia en la que falta la madre y es la segunda esposa del padre la encargada de su educación. En ambos casos el padre se ausenta del domicilio frecuentemente por motivos laborales, lo que hace que el menor se sienta desprotegido y abandonado por su progenitor, en quien había depositado toda su confianza. ***“Cuando mi padre está en casa estoy bien, pero él casi nunca está”***. El niño pasa la mayor parte del tiempo con la madrastra a la que rechaza por diferentes motivos. ***“Tenía cuatro años y medio cuando una vecina me dijo que la mujer que vivía en mi casa no era mi madre... Desde ese instante la relación con ella fue distinta: comenzó a pegarme mucho”***.

Hicham es hijo de padres divorciados que se han vuelto a casar rehaciendo así su vida conyugal. Para él, el divorcio de sus padres no supuso, aparentemente, un problema. **“El año antes de que mi padre se volviera a casar fue muy bonito, éramos él y yo solamente, no había problemas”**. Esto nos hace pensar que la vida familiar antes de la separación era conflictiva. Ante el nuevo matrimonio del padre el menor debe establecer nuevas relaciones familiares a base de enormes esfuerzos para los que no está preparado ni acompañado.

Definitivamente, Hicham acaba reconociendo: **“No tengo una buena relación con esa mujer”**. Para reemplazar el hogar perdido busca grupos de contención con los que forma una nueva familia en el entorno de la calle. **“En la calle conocí a muchos chicos que robaban, pedían dinero y esnifaban”**. El divorcio no es la causa de que estos niños acaben en la calle pero sí la falta de un modelo a seguir y de un adulto en quien confiar.

Ahmed nunca llegó a conocer a su madre, murió siendo él muy pequeño. La calle le parece una opción válida ya que es el mismo camino que siguió una hermana suya por los mismos motivos. **“Mi hermana, que tampoco era hija de la mujer, también era maltratada. Se escapó de casa y se fue de Tánger”**. Muchos de estos niños tienen hermanos que están o han estado viviendo en la calle: **“...una vez mi hermano se marchó de casa y vivió un tiempo en la calle”, “Mi hermana... Se escapó de casa... Yo pensé en hacer lo mismo y me marché de casa con nueve años”, “Ahora mi hermano también trabaja y duerme en la calle, como hacía yo hace dos años”**. Este es un caso bastante frecuente en el que existe un referente familiar que facilita el proceso de abandono. Es necesario romper la cadena: integrar a uno sólo de estos niños hará que otros muchos carezcan del referente de la calle como refugio ante sus problemas.

Otro caso frecuente es que estos niños sean violentados e intimidados por sus hermanos mayores, como le sucede a Adil: **“Y cada día, mi hermano me amenazaba o me ataba. Una vez me ató durante dos días y sólo me dio de comer pan y té. Tras eso me escapé”**. Said dice **“Me fui de casa porque mi hermano me pegaba y me rajaba la piel con un cuchillo”** y Abdelhai, **“Cuando yo tenía diez años, mi hermano me rompió la mano”**. Esto ocurre cuando uno de los padres o los dos están emocional y/o físicamente ausentes. El padre de Said está muerto, el de Abdelhai está en la cárcel y la madre trabaja. **“Cuando mi madre estaba en casa, todo iba bien”**. Los padres de Adil **“Siempre estaban fuera de casa”**.

Las peleas entre hermanos se convierten en un problema cuando son reiteradas, provocan lesiones y el niño se siente inevitablemente agredido, de forma que decide abandonar su casa. Para estos niños la vuelta al hogar supone la vuelta a los malos tratos

por los que huyeron, como dice Adil: **“Cuando pienso en la agresividad de mi hermano, en como me ataba y esas cosas, se me quitan las ganas de volver a casa”**. El menor siempre necesita ayuda para superar esta situación compleja.

En el caso de Abdelaziz, de trece años, es un vecino adulto el que lo mortifica a golpes a él y a sus hermanos. Por esta causa son dos hijos de esta familia que viven actualmente en la calle.

Los golpes, y maltratos físicos en general, producen en primer lugar un daño físico, pero no es el único. El castigo envía mensajes profundamente destructivos para la psique de las víctimas, impactando profundamente en su desarrollo y perjudicando su conducta social y emocional. El pánico, la impotencia, el terror, las frustraciones severas acompañadas de dolor son huellas que tarde o temprano se manifiestan en la actitud del niño. En estas condiciones de vida el joven pierde el sentido de solidaridad con la comunidad o la integración en el núcleo familiar. La calle se convierte en el lugar en el que afrontar cualquier problemática que afecte a sus vidas.

Fracaso escolar

Otro caso frecuente e igualmente importante es el de los niños que dejan de ir a la escuela. La mayoría de estos menores abandonan el sistema educativo en los últimos años de primaria o al principio de secundaria, muchas veces desmotivados por sus propios resultados escolares, por la falta de recursos económicos de sus familias o por la ausencia de una respuesta adecuada en las escuelas. **“De la escuela me fui porque el profesor me pegaba”** confiesa Hassan o Fuad **“Cuando tenía trece años e iba a la escuela, mi profesor me pegaba”**.

Aun así, ellos reconocen que aumentando su nivel educativo el mercado laboral les puede brindar mayores oportunidades: **“Quiero estudiar, comer y tener ropa bonita”** dice Adil **“... me gustaría estudiar. Formarme de mecánico...”**.

El elevado índice de absentismo escolar en Marruecos es uno de los problemas que inciden directamente en la proliferación de menores en situación de calle. De hecho, son hijos de padres analfabetos o que apenas han ido un par de años a la escuela. Sin embargo, si estos niños hubieran acudido regularmente a clase y ahí hubieran encontrado un profesor que les estimulara en lugar de usarles **“...como borrador de la pizarra”** como señala Fuad, probablemente tendrían otros referentes y su vida se hubiera desarrollado de otra manera.

Es preciso mejorar la calidad de la educación para reducir las tasas de fracaso escolar y generalizar la educación básica entre los niños en edad escolar.

La calle

Hassan lleva seis años en la calle, Ahmed lleva cuatro, Said tres y Abdelaziz dos. Del resto no contamos con datos concretos pero posiblemente sean similares. Nuestra pregunta es *¿Qué encuentra un niño en la calle? ¿Qué hace que esté tanto tiempo fuera de su casa?*

La calle ha sido desde siempre un lugar atractivo para los niños, es el espacio de los juegos infantiles. Los chavales salen de sus casas pensando que no van a tener que respetar o cumplir ninguna regla. Es frecuente escuchar en su discurso la palabra libertad. Para Monsef la calle significa ***“Tener libertad y poder hacer lo que quisiera cuándo yo quisiera.”*** Mohamed asegura que ***“En la calle me siento libre y puedo viajar en el momento que me apetece”***. Manifiestan directa o indirectamente que la calle representa un espacio de libertad donde vivir todo tipo de experiencias y sensaciones: ***“Puedo ir a donde quiero, cuando yo quiero”*** dice Monsef, un lugar donde ***“... ninguna persona me dice lo que tengo que hacer...”*** que los aleja del ambiente de represión y agresividad que respiran en sus casas.

La calle es el lugar de encuentro de la pandilla con la que el menor desarrolla su libertad y afectividad en contraposición a la familia, la escuela y el entorno hostil: ***“Aquí mi grupo de amigos es mi familia”, “Primero fui a Larache, allí conocí a muchos amigos... teníamos una vida nueva”*** dice Monsef o Adil ***“Regrese a la calle. Donde tenía muchos amigos... encontré a muchos niños. Nos hicimos amigos”***, y Ahmed ***“Allí empecé una nueva vida, conocí a nuevos amigos y ellos se convirtieron en mi familia”***. En la calle los chicos se encuentran, se reconocen como iguales, se organizan de manera espontánea a partir de un sentimiento de solidaridad e inician juntos una vida de la que no queda exenta la miseria y el maltrato que les llevó a huir de sus casas.

Es la vida de la calle lo que hace que empiecen a consumir sustancias inhalantes como el pegamento o el disolvente, baratos y fáciles de conseguir. ***“...en la calle probé a esnifar disolventes y pegamento”*** (Ali), ***“Antes no esnifaba pegamento”*** (Hicham), ***“Me volví a marchar... aprendí a robar y a esnifar pegamento”*** (Mustapha).

El consumo de drogas responde a la necesidades de hambre y frío, como dice Said ***“Cuando tengo dinero puedo comer. Pero cuando no tengo me quedo sin comer. Inhalo pegamento y duermo”***. También les permite evadirse de la realidad y protegerse desde el punto de vista afectivo con el sentimiento de pertenencia a un grupo. Fuad afirma ***“me hice amigo de los que vivían en la calle y esnifaban”***, también Hicham ***“...en la calle conocí a muchos chicos que robaban, pedían dinero y esnifaban. Yo también comencé a esnifar.”***

Algunos reconocen que su adicción ha sido y es un obstáculo para materializar su deseo de volver a casa para integrarse en la familia y en la sociedad: **“Quiero volver a casa y no puedo porque necesito esnifar cada día”** (Fuad), **“Además aunque vuelva a casa, tarde o temprano me entrarán ganas de drogarme. Creo que soy drogadicto. La droga me hará volver a la calle.”** (Adil), **“...volví a mi casa porque quería vivir una vida normal, pero los chicos de la calle que había conocido me decían que no volviera a casa, que me quedara en la calle donde podíamos esnifar pegamento”** (Hassan).

A la hora de reinsertar a estos niños tanto en sus familias como en un centro de protección es necesario contar con un programa adecuado que facilite su deseo de “vivir una vida normal”.

La emigración

Otro discurso que les hace sentirse pertenecientes a un grupo determinado es la idea de la emigración, como dice Hassan: **“Decidí volver a la calle, vivir con los chicos y poder irme a España”** o Hicham **“Pienso en irme a España para probar suerte”**. Idealizan un país, una vida, como dice Monsef: **“Antes no pensaba en la emigración, pero ahora quiero emigrar. En España puedo vivir muy bien. Viviré en un centro para los niños, trabajaré para ganar mucho dinero y después volveré a Marruecos, a mi casa, con mi madre, con mi familia y con mucho dinero”**.

Piensan en emigrar. **“Mi intención era irme a España”** dice Mohamed. Sin embargo, el desgaste físico y emocional que supone sobrevivir en la calle hace que esta idea acabe ocupando un lugar secundario entre sus prioridades. **“La idea de irme a España se me ha ido un poco de la cabeza. Ahora solamente quiero esnifar pegamento”** dice Hassan y Mustapha **“Todos los días me quedo en el puerto intentando ir a España. Esto es una pesadilla. Soy insultado, maltratado. Y paso hambre”**.

Sobrevivir

Los niños de la calle dependen de sí mismos para sobrevivir y con este objetivo mendigan o roban. Necesitan el dinero. **“Pedía dinero en la calle y me lo gastaba en ropa, disolvente, alcohol, cigarrillos”** nos cuenta Fuad. También consiguen comida entre las sobras de los restaurantes: **“Aprendí a conseguir comida y dinero merodeando cerca de los restaurantes y cafés”** dice Monsef. Generalmente, su aspecto presenta claros signos de desnutrición, aparentando menor edad de la que tienen realmente.

Muchas veces se ven obligados a entregar todo lo que consiguen reunir a lo largo del día a un *protector*. Normalmente es un adulto o un niño de mayor edad del grupo que, a cambio

de recibir el dinero, les proporciona ropa, alimentos y droga. **“...Conocí a un señor... Durante el día yo pedía limosna y por la noche se la daba... Él me daba de comer y me protegía”** (Abdelaziz), **“Me da de comer, pegamento... El dinero que gano pidiendo en la calle se lo tengo que dar...”** (Fuad), **“...siempre nos da ropa, nos da de comer, nos da tabaco y pegamento para esnifar... Pero todo eso no es gratis. Nosotros tenemos que buscar dinero para entregarle y cada día nos obliga a pedir limosna”** (Adil). Claro que la misma persona que teóricamente les protege es la que acostumbra a abusar sexualmente de ellos o los expulsa del grupo en el que se sienten, a pesar de todo, seguros: **“...pegaba y abusaba de otros niños... Podía dormir solo a cambio de darle todo el dinero...”** (Abdelaziz), **“En la calle conocí a... un hombre mayor que también vive en la calle y que está con los niños. También tiene relaciones con ellos”** (Fuad), **“Cuando un chico no trae dinero... lo echa del grupo y de la chabola”**(Adil).

Las acciones represivas de la policía no hacen sino aumentar la vulnerabilidad de estos menores: **“Pasé dos días en comisaría. Me pegaron, me insultaron. Y no me dieron de comer”** (Adil).

Desde el inicio del proyecto se ha considerado fundamental la colaboración con los agentes de policía que han mostrado interés por el trabajo de los educadores, que supone un apoyo en sus intervenciones diarias.

A pesar de la viveza de los menores para buscarse la vida no debemos olvidar que se encuentran en una situación de riesgo y vulnerabilidad y por ello es necesario contar con una estrategia cuyo primer eslabón sea la protección. El trabajo de calle ha supuesto un esfuerzo de coordinación y entendimiento con los agentes de policía, que con escasos recursos tienen la misión de proporcionar seguridad en las calles. En el transcurso del último año se ha constituido una *Brigada de menores* que comienza a asumir la realidad de los menores en la calle pero que no podrá intervenir de forma efectiva si no existe un sistema de protección al que se puedan derivar los menores tras su intervención inicial.

La calle es un lugar poco propicio para la infancia y los testimonios así lo corroboran. **“Yo no quiero vivir toda mi vida en la calle”** dice Adil, **“La calle es muy mala, la gente me pega”** Abdelaziz, **“Odio la calle. Muchas veces me escondo y empiezo a llorar”** Fuad, **“Siempre tenemos miedo”** Monsef y la frase que pertenece a Hicham: **“La calle es un bosque grande, dentro hay oscuridad. Pocas veces estoy contento, muchas veces estoy triste y lloro”**. Hicham murió en la calle con apenas trece años. Su sinceridad a la hora de relatar la crudeza de su experiencia en la calle nos sobrecoge cuando sabemos que él, como otros muchos, no tendrá la oportunidad de retomar un rumbo adecuado para su vida.

Las madres

Al finalizar su discurso, muchos de los menores confiesan que les gustaría volver a casa porque desean vivir con su madre. En sus palabras hay una vinculación directa entre la madre y el hogar: **“Echo de menos a mi familia, sobre todo a mi madre. Quiero volver a mi casa”** (Monsef), **“Echo mucho de menos a mi madre. Quiero volver a mi casa”** (Said). **“Quiero volver a mi casa y vivir con mi familia”** (Adil).

Las madres, como comprobamos en sus testimonios, son las que más sufren las consecuencias de la ausencia de sus hijos en el hogar bien porque estos viven en la calle bien porque van a emigrar a España. A través de las desgracias vividas por otras madres o directamente por sus hijos estas mujeres conocen perfectamente los riesgos que ambas situaciones entrañan.

En los relatos recogidos, las madres reconocen que la situación de precariedad económica en la que vive su familia es lo que impulsa normalmente a sus hijos a emigrar: **“Se avergonzaba de que fuéramos pobres... No tenemos agua ni luz. Vivimos en una chabola. Dormimos todos en la misma habitación. No tenemos cocina ni aseo. Tengo nueve hijos, todos pequeños y a veces no tengo suficiente comida para todos. Todo esto ha hecho que mi hijo pensara en emigrar a España”**, **“Vivimos en un barrio tan pobre”**, **“Nuestra pobreza es la razón por la que a él se le metió en la cabeza la idea de dejar su país y su familia”**, **“...mi hijo ve como uno de los vecinos vuelve de España con coche y dinero... nosotros vivimos en una casa muy humilde”**, **“Nosotros, los del barrio, somos muy pobres, por eso todos los niños quieren marcharse”**.

Las estadísticas oficiales sobre la situación laboral y los ingresos de las familias marroquíes revelan la existencia de condiciones precarias de vida y en algunas franjas sociales, un progresivo empobrecimiento. Estas informaciones dan cuenta de una realidad que favorece la difusión de la desesperanza entre los jóvenes y que es, sin duda, una de las causas de la emigración ilegal.

Las madres reconocen que los menores que alcanzan las costas europeas tienen la intención de trabajar; algunos esperan acceder antes a un curso de formación que pueda ofrecerles algún centro de acogida, pero su objetivo principal es trabajar y enviar dinero a sus madres: **“Todo lo que nos dijo, en ese momento, por teléfono fue que iba a buscar trabajo”**, **“...me enviaba algo de dinero”**, **“Emigró para poder trabajar, para mejorar nuestra situación económica”**, **“Todos los meses... yo recibía la misma cantidad de dinero”**. La gran mayoría de estos niños y sus familiares desconocen que en España no pueden trabajar hasta los dieciséis años de edad. Sin embargo, los mismos menores ya

trabajaban en Marruecos para contribuir a la economía familiar, según nos cuentan sus madres. **“A veces conseguía trabajo vendiendo sal o bolsas de plástico y me ayudaba con los gastos de la casa”, “Mi hijo trabajaba en la construcción”, “Antes de que emigrara, trabajaba aquí”, “Hizo muchos trabajos: lijar madera, vender en la calle, hinchar ruedas de coche...”**. Si las madres pudieran elegir, preferirían que sus hijos estuvieran en la escuela aunque en ocasiones no haya elección. Ellas saben que el trabajo infantil es contraproducente: si un niño no puede estudiar, el ciclo de la pobreza se mantendrá.

A pesar de que más de uno de estos niños -siempre según sus madres- tienen buena predisposición al estudio, **“Era un buen estudiante”**, ésta motivación va mermando paulatinamente hasta que, finalmente, abandonan la escuela: **“Siempre se había quejado del maltrato que sufría por parte de sus profesores y de que nunca había encontrado quien le ayudase a mejorar su nivel escolar”, “Sus deseos de terminar los estudios se veían frustrados por el maltrato y la dejadez de sus profesores”, “Hasta el punto de que empezó a odiar la escuela”**. Si a esto añadimos que fuera del horario escolar no cuentan con espacios ni actividades de ocio **“...no encontraba un espacio adecuado donde pasar su tiempo libre”** encontramos jóvenes sin ambición ni iniciativa que escuchan la primera llamada, la que más se repite y que desgraciadamente es la que le obliga a jugarse la vida cada día en el puerto de Tánger o en cualquiera de los enclaves propicios para esperar la parada de un autobús con matrícula extranjera y esconderse en sus bajos para abandonar el país.

Otra de las evidencias que se desprenden de estos testimonios es la oposición manifiesta de algunos padres a que sus hijos emigren: **“Yo nunca he querido que emigrara... Hasta el punto de que muchas veces le ataba con una cuerda para que no saliera a la calle y para que no se fuese al puerto”, “Intenté apartar de su cabeza la idea de emigrar. Pero no pude”, “A mi no me gustaba la idea”, “Todas las veces que mi hijo hablaba de emigrar... mi corazón prefería que no emigrara”,** y la impotencia y angustia que inunda los minutos de espera cada vez que sus hijos se retrasan en volver a casa: **“Lo esperé toda la noche. No pude dormir pensando en todos los niños que habían muerto intentando emigrar”, “Cada noche iba al puerto para emigrar... Me quedaba preocupada, sin saber cuándo ni cómo volvería a casa”**.

Es difícil imaginar el sufrimiento de una madre durante la espera cuando una mañana su hijo va al colegio y no regresa. **“De los nervios me temblaba todo el cuerpo”, “Me quedaba preocupada, sin saber cuándo ni cómo volvería a casa”**. Sus lágrimas reflejan el desconsuelo cuando sus hijos las llaman una vez que han conseguido arribar a alguna ciudad española o cuando terceros les informan de la suerte de sus hijos: **“Pero la**

sorpresa fue cuando unas horas más tarde me llamó desde España... había escapado a la muerte”, “Escuchamos que nuestro hijo estaba en España”. El temor de que les pase algo estando en España, lejos y solos, se instala en su día a día. “Mi hijo es demasiado pequeño para una aventura de este tipo. Su pequeño cuerpo no soporta la violencia o la vida en la calle”, “Nos preocupamos mucho cuando oímos alguna noticia sobre la muerte o la desaparición de alguno de los niños que se encuentran allí”, “Tengo mucho miedo por él, sobretodo desde que murió el hijo de mi vecina”, “Mi temor es que yo también pierda a mi hijo, porque todos los niños que han emigrado y se han encontrado con algún problema difícil han acabado muy mal”. Reconocen que las condiciones en las que viven sus hijos en España no son las más apropiadas para un menor “Mi hijo Otman vive en España, consume drogas... su cuerpo es débil y siempre está enfermo”, “La mayoría de los niños cuando llegan a España tienen muchos problemas. No se sienten bien y nadie les quiere. Les falta el dinero y nadie les entiende”, “La mayoría acaba drogándose y robando” y reclaman su regreso: “Quiero que todos los niños marroquíes que viven en España vuelvan a Marruecos, a vivir con su familia”.

Si los hijos no llaman, la desesperación llega a límites inimaginables: **“Nosotros le buscamos pero nunca apareció”, “Mucha gente me dice que mi hijo está muerto y que por eso nunca se ha puesto en contacto conmigo”, “Hasta ahora no sabemos nada de él. Hace once años que se marchó”, “No le he visto en nueve años”, “Un día dejé de ver a mi hijo y no sé nada de él”.** Siempre planea la sospecha de que el hijo, más que desaparecido, pueda estar muerto. Son conscientes, por las vivencias de otras madres y de las noticias que llegan de España, de que el cadáver de sus hijos puede ser uno de los muchos no identificados y no reclamados por sus familias. Es un luto duradero de años y años en el que la familia está entre la esperanza y el desasosiego.

La incertidumbre, el no saber si su allegado está vivo o muerto causa una profunda angustia: **“Siento tristeza y soledad... siento como si me faltara una parte de mi cuerpo”, “Todos los días lloro”, “Me encuentro enferma y no me gustaría morirme sin antes ver otra vez a mi hijo”, “...ha hecho que esté triste y preocupada”, “No ver a mis hijos me enferma”, “No puedo vivir con normalidad como otras madres”, “En todo este tiempo no he podido estar contenta ni una sola vez”, “No tengo ganas de comer, no tengo ganas de hacer nada” “Estoy siempre muy triste, como paralizada”.** Es tanto lo que pierden que nada les compensa. Si alguna vez lo anhelaron, hoy las madres ya no desean los bienes materiales que pudieran llegar a través del sacrificio de sus hijos: **“No quiero la casa. No quiero el coche. No quiero dinero. Quiero ver a mi hijo”, “...sólo deseamos que esté bien”, “No quiero el dinero de mis hijos que están fuera, no quiero coche, no quiero una casa grande...”.**

De todos los relatos destacamos los cuatro de madres que perdieron a sus hijos: el de Fatima, cuyo hijo murió atropellado por un camión; el Nayart, lo perdió en un accidente de tráfico cuando viajaba a Marruecos para pasar las vacaciones; el hijo de Nadia murió abrasado por el fuego y el relato de la madre de Hakim, un menor que falleció atropellado por un autobús.

Estás mujeres, madres, tienen cada día que aprender a vivir con el dolor de haber perdido a un hijo: ***“Es insoportable para una madre saber que su hijo está muerto”, “Sentí como si mi corazón se rompiera”, “El corazón se desgarró”, “La muerte de mi hijo me ha dejado vacía”, “Era como si estuviera loca”***. La pérdida de un hijo, en cualquier circunstancia, no se supera, se aprende a vivir con ella. Si pierdes a tu pareja se te podrá llamar viudo o viuda, si pierdes a tus padres huérfano o huérfana, pero si pierdes a un hijo, ese dolor no tiene nombre.

Cuando una madre pierde a un hijo suele pensar que se ha equivocado, que debería haberse comportado de otra manera... Después, la culpa se va trasladando a todo el entorno familiar y se entra en un túnel sin salida: ***“Les culpaba de su muerte, de no haberla evitado, de no haberle cuidado...”***. La estructura familiar queda dañada muchas veces sin posibilidad de reparación: ***“La muerte de mi hijo es una catástrofe familiar”, “Ha influido en toda la familia”, “Mi marido dejó de hablar... ha caído en una depresión”, “La muerte de mi hijo fue muy dura para sus hermanos”***. El temor de que la historia se repita en sus otros hijos o en otros menores que cada día se lanzan en persecución de los camiones les hace vivir en un estado permanente de ansiedad: ***“Ahora tengo solamente un hijo pequeño en Marruecos... tengo miedo de que él intente también emigrar”, “Pienso en los demás niños... temo que a estos niños les pase lo que a mi hijo”, “Después de la muerte de Hicham doy muchos consejos a los niños de la calle para que no se repita la experiencia de mi hijo”, “Es un temor una pesadilla que nos persigue a todas la madres”, “Muchos niños han muerto... casi todos mueren antes de llegar a España, en la carretera, en el puerto, en la calle”***.

Estas mujeres exigen soluciones para una situación que poco a poco va minando el capital humano de su país: ***“Yo pregunto a todos los responsables de Marruecos y de España si tienen alguna solución para detener la emigración infantil”, “Espero que alguna asociación de España o Marruecos ayude a resolver esta situación”***. Se sienten solas y reclaman ayuda: necesitan argumentos para convencer a sus hijos y a los hijos de sus familiares y de sus vecinos de que no emigren a pesar de las circunstancias adversas. ***“Quiero que en Marruecos se construyan muchos centros para ellos, para que puedan comer, estudiar, tener ropa... porque lo que les empuja a emigrar es la pobreza en la que viven”***.

Las historias de estas madres nos descubren que la inmigración clandestina es, ante todo, un drama humano de proporciones mayúsculas. Desde el punto de vista de los derechos humanos la emigración legal se considera un derecho fundamental, pero no debería ser la única alternativa. Es preciso que las personas tengan opciones de desarrollo local (que también es un derecho) y, en todo caso, si deciden emigrar que no se vean obligadas a hacerlo en condiciones de clandestinidad sino con dignidad.

Ante esta problemática de orden social, humano y económico es la sociedad quién tiene la capacidad y, por tanto, la responsabilidad de ayudar.

BIBLIOGRAFÍA

BERMÚDEZ, M. M. Los MINA: niños de la calle en la España del siglo XXI. Témpera. Salamanca, 2004.

GARCÍA LORENTE MA. La protección de los menores en situación de riesgo y desamparo. Revista pediatría de Atención Primaria. Volumen III, Número 10. Madrid, abril – junio 2001.

GOENECHEA C. Menores inmigrantes no acompañados: un estudio de su situación en la actualidad. Universidad Complutense. Madrid, 2006.

AMORÓS, P. Y AYERBE, P. Intervención educativa en inadaptación social. Síntesis. Madrid, 2000.

Informes y artículos

Secrétaire d'Etat chargé de l'Alphabétisation et de l'Education Non Formelle. *Enquête nationale sur l'analphabétisme, la non scolarisation et la déscolarisation au Maroc*. 2006.

BEN OTHMANE, M. *Marruecos: una situación social alarmante*. Revista Pueblos, 15 junio 2005. <http://www.revistapueblos.org/spip.php?article222>

ESTEFANÍA SÁNCHEZ, M. T. *Acercamiento teórico al niño, la calle y su situación*. Revista electrónica del Instituto Psicología y Desarrollo. Número 4. Abril 2005. http://www.ipside.org/dispersion/2005-4/4_estefania.htm

Páginas web

<http://www.hcp.ma/frmlnd.aspx?id=0101010000> (Tasa anual de paro según el entorno). Haut Commissariat au Plan, Royaume du Maroc.